



Instituto Superior de Letras  
Eduardo Mallea (A-1369)

**Técnico superior en la corrección de textos**

## **LOS SUEÑOS DIRIGIDOS**

**Autor: Paulo Nazareno Manterola**

**Tutora: Adriana Santa Cruz**

**Fecha de entrega: 20 de noviembre de 2015**

## ÍNDICE

### **PRIMERA PARTE: Los sueños dirigidos (ensayo)**

<b>UN PRIMER ACERCAMIENTO .....</b>	<b>4</b>
<b>ALGUNOS INDICIOS.....</b>	<b>5</b>
EMPEZAR POR EL PRINCIPIO .....	5
LO QUE SE ENCUENTRA DETRÁS DE LO QUE HAY DETRÁS .....	6
PRIMEROS APUNTES BÁSICOS .....	6
LA INTERRUPCIÓN .....	8
<b>ARQUITECTURA DE LOS CASTILLOS EN EL AIRE DEL ARTE.....</b>	<b>9</b>
<b>SOBRE EL SER DE LO QUE ESCRIBIMOS.....</b>	<b>11</b>
VOLVERSE OTRO PARA ENCONTRARSE A UNO MISMO .....	11
BREVE AUTORRETRATO.....	12
PROYECCIONES .....	14
HE DICHO LO QUE HE DICHO.....	17
<b>SOBRE EL ARTE .....</b>	<b>17</b>
<b>SOBRE NUESTROS PROCESOS CREATIVOS.....</b>	<b>19</b>
CAZADOR CAZADO .....	19
LAS PASIONES TUMULTUOSAS.....	20
<b>PALABRAS FINALES .....</b>	<b>21</b>
<b>ANEXO.....</b>	<b>23</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>25</b>

### **SEGUNDA PARTE: Los árboles torcidos (cuentos).....27**

*Cualquiera que despierto se comportase como lo hiciera  
en sueños, sería tomado por loco.*

SIGMUND FREUD

*¿Qué es la vida? Un frenesí. / ¿Qué es la vida? Una ilusión, / una sombra,  
una ficción; / y el mayor bien es pequeño; /  
que toda la vida es sueño, / y los sueños, sueños son.*

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

*El sueño es un arte poético involuntario.*

IMMANUEL KANT

## UN PRIMER ACERCAMIENTO

En el presente trabajo de creación y expresión nos proponemos reflexionar sobre la forma en que nuestro inconsciente se desenvuelve a través de la maduración de nuestros procesos creativos. Del mismo modo, ocuparnos de cómo este suele muchas veces manifestársenos indirectamente en nuestra interpretación de la realidad, la sublimación de nuestros deseos, los sueños, el fantaseo, las imágenes visuales y los simbolismos, para así darle forma a nuestras ideas y creaciones. E intentaremos entonces elaborar algunos ejercicios y consejos prácticos que puedan darnos algunas herramientas para mejorar nuestros niveles perceptivo y expresivo.

Partiremos de la base que ofrecen las teorías de composición del texto de Daniel Cassany y de sus consideraciones sobre la escritura cognitiva de Flower y Hayes, en el libro *Describir el escribir* (2014). Sobre estas nociones, profundizaremos en el análisis con algunos conceptos expuestos principalmente en libros como: *Psicoanálisis del arte* (2008), de Sigmund Freud, que consta de cinco ensayos sobre el estudio de la obra y de aspectos de la personalidad de artistas clásicos; *La felicidad, el erotismo y la literatura* (2004), de Georges Bataille, en el que se exponen algunos pensamientos y teorías sobre la literatura y sobre lo que da origen a la necesidad del ser humano de expresarse artísticamente; y *Psicología del arte* (2008), de Lev Vygotsky, que reflexiona sobre los diferentes paradigmas que fueron surgiendo a través de la historia desde la institución de la psicología como ciencia. Este último contiene una interesante y enriquecedora intertextualidad con el primero mencionado, en la que se validan muchos de sus postulados, así como se amplían y se ponen en discusión otros. Asimismo, a lo largo de nuestro trabajo, aludiremos a diversos ensayos, artículos y entrevistas a protagonistas del mundo literario, como Paul Auster y Jorge Luis Borges, entre otros escritores que han sabido dedicar algunas palabras a estos temas.

## ALGUNOS INDICIOS

### EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

Los procesos creativos y la forma en que los artistas logran concebir, desarrollar y materializar una obra han sido motivo de estudio desde la Antigüedad hasta nuestros días, así como también se ha intentado elaborar una metodología de dichos procesos bajo diferentes doctrinas y parámetros. Después de todo, fue Platón quien dijo alguna vez que los poetas son los padres de todas las ciencias.

Así pues, debemos partir sobre la base de los procesos de composición y de los procesos cognitivos que se mencionan en el libro *Describir el escribir* de Daniel Cassany. Este libro profundiza sobre los llamados *procesos mentales superiores*, como la discriminación entre informaciones relevantes o irrelevantes o la organización de determinados datos en una estructura ordenada y comprensible. Estos procesos requieren de habilidades como la reflexión, la memoria y la creatividad, para así llegar exitosamente a la creación y al desarrollo de las ideas.

Posteriormente, Cassany presenta las teorías de Linda Flower y John Hayes, quienes advierten que “cuando escribimos es porque queremos conseguir algo, queremos solucionar un problema que se nos ha presentado”.<sup>1</sup> Dicen también estos teóricos que cada idea y cada palabra que escribimos determina nuestro proceso personal de composición. Así, a grandes rasgos, en su esquema cognitivo delimitan tres subprocesos mentales de escritura: planificar, redactar y examinar. A lo largo de todo este libro, se brindan ideas, conceptos y definiciones que serán de mucha utilidad para indagar sobre la superficie del presente trabajo. Dicho esto, nos vemos en la necesidad de aclarar que las nociones de composición y de escritura servirán nada más que como punto de partida hacia un análisis de los procesos detrás de nuestros procesos creativos. Es decir, aquellos que escapan a nuestra percepción de forma directa, pero sin embargo son elementos decisivos de cualquier producción creativa.

---

<sup>1</sup> Linda Flower y John Hayes, citados en CASSANY, D. (2014) *Describir el escribir*, Buenos Aires: Paidós.

## LO QUE SE ENCUENTRA DETRÁS DE LO QUE HAY DETRÁS

Podríamos decir entonces que detrás de toda etapa consciente de estructuración de una obra, se encuentran nuestros procesos inconscientes: antes, durante y aun después. Tanto la psicología como la filosofía moderna han intentado teorizar sobre estos procesos. Sigmund Freud ha dedicado a este tema unos cuantos ensayos, todos compilados en el libro *Psicoanálisis del arte* (2008). Por su parte, Georges Bataille también ha hecho sus reflexiones. Ambos comparten más de una hipótesis o proposición en común, como la sublimación y las similitudes entre el arte y los sueños. Sin embargo, lo más destacable es que ambos asemejan la perspectiva o la visión del mundo del artista con la de un niño; y sus producciones, con el juego. Según Freud: “Lo opuesto al juego no es la seriedad, sino la realidad efectiva”.<sup>2</sup> Hay en este postulado un indicio de lo que es la sublimación: el fantaseo del niño, la negación de una realidad, el libre albedrío del ello. Bataille expresa que, una vez que llegamos a la adultez, se nos impone un mundo que debemos aceptar como natural. Una vez inmersos en esta farsa a la que entramos por nuestra propia voluntad, algunos pocos se sienten aún víctimas de una trampa y no dejan de desconfiar: “Como chicos buscando las hendiduras de una cerca, intentan mirar a través de las fallas de ese mundo” (2004: 118-119). Esto, asimismo, recuerda al concepto de sueños diurnos de Freud: “Cuando el adulto cesa de jugar, solo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de jugar, ahora fantasea. Construye castillos en el aire, crea lo que llamamos los sueños diurnos”.<sup>3</sup>

## PRIMEROS APUNTES BÁSICOS

Ante todo, debemos poner en claro algunas nociones. Según comenta Cassany, aprendemos las convenciones de la escritura de forma inconsciente; es decir, de la misma forma en que aprendemos la lengua hablada, sin ningún tipo de enseñanza formal ni programada, sin que este aprendizaje sea nuestro propósito primordial. Así,

---

<sup>2</sup> Esta cita corresponde a una conferencia del 6 de diciembre de 1907, en los salones del editor y librero vienés Hugo Heller. La versión completa de dicho discurso sería publicada a comienzos de 1908 en una revista literaria de Berlín.

<sup>3</sup> *Ibidem.*

introduce el concepto de Stephen Krashen de *input comprensivo*. Este establece que la adquisición es el proceso central y básico que nos da la posibilidad de usar la lengua receptiva y productivamente, y que el aprendizaje, en todo caso, sirve nada más que para controlar y corregir todo lo que producimos; producciones que parten entonces de conocimientos adquiridos de forma inconsciente.

Otro concepto por destacar es que, como dice Cassany, “los buenos escritores hacen más planes que los mediocres y dedican más tiempo a esta actividad antes de redactar el texto. Los primeros planifican la estructura del texto, hacen un esquema, toman notas y piensan un rato en todos estos aspectos antes de empezar a redactar” (2014: 103). Por otro lado, también dice que los escritores competentes no siempre utilizan procesos de redacción lineales y ordenados, sino que se trata de un proceso recursivo y cíclico. Es decir, este puede interrumpirse en un punto cualquiera y comenzar de nuevo para que el escritor incorpore nuevas ideas surgidas a partir de un primer borrador; esto quizás lo obligue también a reformular la estructura del texto, lo cual a su vez puede revelar nuevas ideas luego de un segundo borrador, y así hasta que el escritor quede satisfecho con su producción. Por esto, el proceso es cíclico.

Por último, debemos hacer un especial énfasis en los *procesos cognitivos* que analizan los teóricos Flower y Hayes —examinados en *Describir el escribir* (2014)—, esquematizados en un *modelo* que consta de tres unidades. En primer lugar, la *situación de comunicación*, el problema retórico que se le plantea al escritor y que incluye aquel texto con el que lo resuelve y las etapas de su gestación. En segundo lugar, la *memoria a largo plazo del escritor*, los procesos internos de escritura y los problemas que el mismo escritor se plantea sobre la base de sus propios conocimientos. Y en tercer lugar, los *procesos de escritura*, unidad que se encuentra delimitada por los subprocesos básicos de planificación, redacción y examinación.

En relación con esta unidad, los autores dicen que “en algunos casos, una palabra clave puede representar una cadena completa de ideas” y que “no es preciso que [la palabra clave] sea verbal: puede ser, por ejemplo, una imagen visual”.<sup>4</sup> La elaboración de estas representaciones consta también de tres subprocesos: generar ideas, organizarlas y formular objetivos. Al organizar las ideas, estructuramos la información; este

---

<sup>4</sup> Linda Flower y John Hayes, citados en CASSANY, D. (2014) *Describir el escribir*, Buenos Aires: Paidós.

subproceso juega un papel importante en el descubrimiento y la creación de nuevas ideas. Por otro lado, de la formulación de objetivos dependerán las sucesivas decisiones que tomará el escritor para elaborar su texto.

## LA INTERRUPCIÓN

Como resultado de la lectura y el análisis de estas teorías y construcciones, cabe plantearnos algunos interrogantes que las anteceden. ¿De dónde surgen nuestras ideas? ¿Por qué escribe un escritor? ¿De qué se tratan los procesos internos creativos en los que estas ideas o representaciones toman forma, se modifican y se estructuran? ¿Puede un escritor más que adivinar estos procesos? ¿Es posible dominar este aspecto de nuestra naturaleza? ¿Con qué herramientas contaríamos entonces como escritores para lograr perfeccionarnos en dichos procesos?

“Todo comienza por una interrupción”.<sup>5</sup> Y de hecho, la escritura, como cualquier otra forma de arte, así lo hace. La figura del escritor es similar a la de un cazador. Esta tal vez sea una analogía posible. Es decir, se escribe para intentar capturar instantes, emociones, pensamientos que conmueven nuestras vidas, que se impregnan en nuestro ser y que dejan una huella en nuestra sensibilidad y en nuestra forma de apreciar el mundo: algo en nuestra existencia nos atraviesa abruptamente, y nos urge intentar adivinarlo. También se dice que los escritores escriben porque quieren comprender el mundo que los rodea, porque quieren comprenderse a sí mismos. “Si el mundo fuera claro, el arte no existiría” (Camus, 1991: 77).

Las citas proliferan. Sin embargo, todas convergen en un postulado: el arte es una necesidad imperiosa para el artista, es un proceso que nunca acaba. Algunos incluso aseguran que es sufrimiento, que se escribe “para terminar de escribir”,<sup>6</sup> aunque esto resulte ilusorio, ya que nunca terminamos: el arte es una fe, una creencia que ayuda a sostener la vida. En una oportunidad, el escritor norteamericano Paul Auster hizo una excelente reflexión que sirve a nuestros fines:

---

<sup>5</sup> Paul Valéry, citado en BARICCO, A. (2012) *Mr Gwyn*, Buenos Aires: Anagrama.

<sup>6</sup> Daniel Titingher, citado en GUERRIERO, L. (2014) *Zona de obras*, Barcelona: Círculo de Tiza.



Alguien se convierte en artista, particularmente en escritor, porque no está del todo integrado. Algo está mal entre nosotros, sufrimos por algo, es como si el mundo no fuera suficiente, entonces sentís que tenés que crear cosas e incorporarlas al mundo. Una persona saludable estaría contenta con tomar la vida como viene y disfrutar la belleza de estar vivo. No se tiene que preocupar por crear nada. Otros, como yo, estamos atormentados, tenemos una enfermedad, y la única manera de soportarla es haciendo arte.<sup>7</sup>

La inconformidad ante lo fugaz, lo efímero, lo injusto, lo despiadado, lo horroroso es la interrupción que da forma a las letras de un escritor. Este necesita hacer ese desplazamiento, sublimar sus deseos, sus ansiedades y sus frustraciones. Al fin y al cabo, como lo explica la psicología, el ser humano guarda en cada una de sus acciones ese deseo inconsciente de retornar a su infancia, esa fantasía donde el mundo todavía no lo había decepcionado, donde todo era siempre posible. Así también lo expresó el célebre pintor Pablo Ruiz Picasso al referirse a que, perfeccionándose a través de años, había logrado pintar como los pintores del Renacimiento, pero pintar como los niños le había llevado toda una vida de aprendizaje.

## **ARQUITECTURA DE LOS CASTILLOS EN EL AIRE DEL ARTE**

Ahora bien, cabe hacer un breve comentario sobre lo que algunos grandes autores y teóricos han sabido reflexionar sobre la relación entre los sueños, el inconsciente y la literatura misma. Como suele hacerse notar también a lo largo de su obra, Jorge Luis Borges dijo alguna vez que la literatura no es otra cosa que un sueño dirigido. Freud, de la misma forma, manifestó que la obra de arte tiene el mismo origen que los sueños. Es decir, tanto el arte como los sueños son manifestaciones de un deseo inconsciente y son creados a través de los mismos mecanismos.

Podríamos señalar entonces que la literatura se construye sobre la misma base que la de los sueños: la mirada interior, lo simbólico, la tragedia del yo frente a la represión y frente al deseo, la magia o la ilusión de liberación del ello, lo pulsional. Todo esto aparece siempre entre líneas, entre los espacios en blanco que dibujan las letras. La

---

<sup>7</sup> Paul Auster (2012) “El cuerpo en el que habito” [en línea], *Revista Ñ*, 17 de febrero de 2012, [consultado el 28 de marzo de 2015]. Disponible en: <http://clar.in/1RmnIPF>

admiración o embelesamiento que sentimos por una obra de arte, no implica que tengamos una absoluta comprensión de esta ni de lo que representa. Los significados devienen en interpretaciones, a las que cada lector, cada soñador les concede un sentido y una coherencia propios. La atención del lector a una obra literaria en particular se origina en la intención de una abstracción, un aislamiento que le provoque una reacción estética, apartándolo de una realidad particular regida por convenciones; es decir, se sitúa frente a esta como frente a una alucinación voluntaria que vive en su propia piel y que desborda sus sentidos. Aquello que tan poderosamente nos impresiona no puede ser otra cosa más que la intención del artista en cuanto él mismo ha logrado expresarla en la obra y hacérsola aprehensible (Freud, 2008).

Solemos creer que somos nosotros quienes inventamos, construimos relatos. En realidad, sucede todo lo contrario. A través de los relatos, lo que hacemos es inventarnos a nosotros mismos, construirnos a medida que contamos una historia. La vida misma, la historia de la humanidad es un relato, y también un sueño, podría decirse, plagada de simbolismos. El arte perdurable, por calificarlo de alguna manera, es aquel que precisamente aborda estas ficciones cargadas de figuras, representaciones, sospechas perceptivas; gira en torno a ellas, las hace y las deshace y las vuelve a hacer según la emoción que domine nuestro espíritu creativo. Es allí donde se encuentran los temas universales, absolutos, arquetipos que son indistintos a cualquier sociedad y a cualquier momento histórico. Por esto es que cautivan. “Quien conoce estos procesos psíquicos —dijo el psicólogo y ensayista Carl Gustav Jung—, sabe con qué subterfugios y maniobras de autoengaño se hace a un lado aquello que no conviene” (2014: 166). Al caer por debajo del umbral de la conciencia, estas cuestiones que nos desbordan desde los principios de nuestros tiempos, que se refieren a los grandes interrogantes de la sensibilidad humana, siguen viviendo en forma latente. Las desplazamos entonces, a través de la sublimación, el juego, el fantaseo, a nuestros procesos creativos y artísticos. La literatura, los relatos que inventamos (o nos inventan) hacen ver, muestran; sin embargo, no dicen. No se puede extraer de estos una conclusión única y reveladora; pero llaman a la interpretación, que sí resulta reveladora para nosotros mismos. Y así, están hechos los sueños de esta misma materia.

## **SOBRE EL SER DE LO QUE ESCRIBIMOS**

### **VOLVERSE OTRO PARA ENCONTRARSE A UNO MISMO**

El arte nos otorga la posibilidad de exteriorizar, a través de las creaciones propias, nuestros más secretos sentimientos y estados anímicos. Algunos de estos muchas veces son ignorados hasta por nosotros mismos. Las fábulas, las ilusiones, el fantaseo del arte son distorsiones de nuestro mecanismo psíquico que pueden llegar a conmovernos o conmover a otros, sin saber realmente por qué.

El filósofo y ensayista Georges Bataille (2004) describe que el espíritu de lo poético, de la literatura se concibe con la idea de un cambio incesante, para así evitar la muerte: volverse otro y no permanecer idéntico a sí mismo. Es decir, el *ser* del arte es esa condición de cambiar. Desde este punto de vista, podríamos considerar a la literatura como un juego de roles que, en un principio, satisface y exalta a quien escribe; luego, dependerá del talento y de la habilidad del escritor que este goce pueda ser transmitido más allá de sí mismo, a los eventuales lectores.

Asimismo, podríamos decir que nuestros procesos creativos son transfiguraciones de lo que, día a día, a lo largo de nuestra vida, nos acontece, nos preocupa o nos estimula: aquello que provoca y conmueve nuestro espíritu. De algún modo, entonces, el arte tiene la intención de hacer “transparente” el mundo, nuestro mundo; mundo en el que habitan tanto nuestros deseos como nuestros miedos. Pero esta tarea es solamente posible a través del propio *lenguaje*. Nuestros pensamientos, mediante símbolos, expresan expectativas, propósitos o reflexiones; dichos símbolos nos resultan reconocibles muchas veces, en cierta medida, mientras que muchas otras veces, no. El significado de las alteraciones de los sentimientos y estados anímicos de nuestro espíritu, en ocasiones, permanece oculto hasta para nosotros mismos. Freud, llama a estos procesos *sublimación*. Sucede cuando soñamos, cuando fantaseamos, y sucede también cuando nos expresamos artísticamente.

A través de nuestros personajes y de los escenarios en los que los ubicamos, damos cuenta de aquello que profundamente nos inquieta: nuestras ansias, nuestros deseos, lo que nos sorprende, o lo que nos perturba de los otros, de nosotros mismos. Todo esto se pone así en juego y es, efectivamente, un juego.

En otras palabras, estas representaciones de nuestro inconsciente, nuestros procesos creativos en sí mismos, son una suerte de continuación o sustitución de nuestros juegos infantiles, fantasías provocadas por emociones intensas y reales, deseos propios que se pueden ver realizados en la obra de arte misma:

El poeta atempera el carácter del sueño diurno egoísta mediante variaciones y encubrimientos, y nos soborna por medio de una ganancia de placer puramente formal, es decir, estética, que él nos brinda en la figuración de sus fantasías. A esa ganancia de placer que se nos ofrece para posibilitar con ella el desprendimiento de un placer mayor, proveniente de fuentes psíquicas situadas a mayor profundidad, la llamamos prima de incentivación o placer previo. Todo placer estético que el poeta nos procura conlleva el carácter de ese placer previo, y que el goce genuino de la obra poética proviene de la liberación de tensiones en el interior de nuestra alma. Acaso contribuya en no menor medida a este resultado que el poeta nos habilite para gozar, sin remordimiento ni vergüenza algunos, de las propias fantasías.<sup>8</sup>

Estas acertadas y oportunas aseveraciones que supo expresar Freud, más de un siglo atrás, resultan alentadoras para validar las primeras reflexiones sobre mis textos y permitirme seguir adelante con este análisis.

## BREVE AUTORRETRATO

Es así como con este contario titulado *Los árboles torcidos* me propongo introducir al lector en un juego de enigmas. Considero al primero de los cuentos una suerte de entrada a un laberinto del que tal vez haya una salida, o tal vez no. Esta maraña de situaciones en las que se verá envuelto el lector presenta algunas reflexiones sobre distintos aspectos de nuestra naturaleza humana con los que quizás pueda sentirse horrorizado por momentos y, por otros, quizás identificado, o (por qué no) ambas sensaciones al mismo tiempo. Bataille expresó también así esta idea: “Cuando el horror se ofrece a la transfiguración de un arte auténtico, lo que está en juego es un placer, un placer fuerte, pero placer al fin” (2004: 117).

---

<sup>8</sup> Freud S., *art. cit.*

La historia que comienza con el cuento “La chica” se cierra en el último: “El viejo”. Ambos relatos actúan como un marco para la mayoría de los seis restantes. Una suma de elementos en común vincula estas narraciones. El primero es la sorpresa, buscando esta la complicidad y el desconcierto del lector, tanto en los cambios de registro (“Elvira”), en las acciones o el comportamiento de los personajes (“La araña y la mosca”), en el desarrollo de la trama (“Los árboles torcidos”), así como en los propios actos finales (“El viejo”). Del mismo modo, a lo largo de todas las historias sobrevuelan distintos elementos fantásticos y esotéricos, creando un clima de tensión que nunca acaba por resolverse. Se me ocurre, quizás, esto ha de estar relacionado a los relatos que se esconden detrás de las narraciones y de los escenarios que se presentan. Es decir, las diferentes proyecciones sobre temas como el amor, los sueños, la muerte y otras cuestiones filosóficas son, de hecho, cuestiones sobre las que no existe una verdad absoluta: son ensayos sobre certezas relativas.

Cada uno de los ocho cuentos que conforman el contario está cargado también de elementos de erotismo. Según Freud, nuestras fuerzas instintivas sexuales, al menos una parte considerable de estas, las derivamos hacia nuestras actividades cotidianas: “El instinto sexual es particularmente apropiado para suministrar estas aportaciones, pues resulta susceptible de sublimación, puede sustituir un fin próximo por otros desprovistos de todo carácter sexual y eventualmente más valiosos” (2008: 20). Estas palabras nos permiten asegurar lo que la lectura evidencia. La mayor parte de la energía psíquica que transferimos a una obra de arte proviene principalmente de la sublimación de nuestra energía sexual; es decir, la desviación de nuestros objetos sexuales directos es así lograda mediante nuestros procesos creativos.

En definitiva, todos los cuentos reunidos se relacionan entre sí a través de diferentes situaciones extremas que ponen a prueba el espíritu. A todos los une el horror, el espanto, tanto de una situación que acorrala a los personajes así como las reacciones de estos frente a los hechos que les acontecen. Sin embargo, en un tono anecdótico, aunque no menos oportuno, podemos destacar también que todas las historias discurren por el sendero de los sueños, y han surgido de estos.

Durante los dos años que me llevó darle forma y concluir este proceso, intenté reproducir mis sueños, aquellos que persistían y se afirmaban en mi conciencia, en las historias mismas. De algún modo, los cuentos son interpretaciones de mis propias

fantasías. Estos recuerdos, a veces imprecisos, se los hice vivir a mis propios personajes y, a través de dichas ficciones, imaginé qué les sucedería a ellos o qué pensarían respecto de estos. Según lo que manifiesta la psicología, se dice que los sueños son un deseo del sujeto que el fenómeno onírico le presenta cumplido, tal vez también una expectación, un propósito o una reflexión (Freud, 2008). Sobre la base de diferentes aspectos y preocupaciones que me ocupaban en ese período y de otros factores externos que afectaban mi vida diaria, decidí aventurarme a relacionar todas estas cosas que actuaban sobre mis estados anímicos inconscientes, a modo de divertimento, fantaseando lo que podría pasar si estas se volvieran realidades, dándoles también un significado, algunas veces casual, otras causal.

## PROYECCIONES

A lo largo del proceso de escritura de cada uno de los cuentos, la idea y la concepción de los cuentos fueron transformándose poco a poco, a merced de algunos hechos casuales que se desencadenaban a mi alrededor. En un principio, tuve la intención de escribir algunas ficciones sobre diferentes personalidades importantes de la música. Al haber estado yo íntimamente vinculado con la música desde pequeño, no me presentaría mayores dificultades representarlos. No es que un escritor tenga que estar forzosamente vinculado a los personajes y hechos que describe para que sus palabras conmuevan, pero sí creo que debe tener la capacidad de ver y reconocer su propio inconsciente y el de sus personajes y de crear en su fantasía imágenes que parezcan verosímiles. Asimismo, decidí enfocarme sobre personalidades en las que sus historias, o al menos una parte de su historia, estuvieran enmarañadas por sombras, con la mera intención de que el lector juzgue —pueda creer, imaginar o fantasear— que los hechos, los sucesos referidos acontecieron tal como yo los relato.

De este modo, surgieron: una narración fantástica basada en la última partitura escrita por un ya sordo Beethoven y en los enigmas alrededor de su descendencia; una suerte de estudio que se refiere a una de las composiciones más bellas de la historia de la música, la *Sonata para piano N.º 20*, de Wolfgang A. Mozart, titulada con un nombre de mujer que no parece guardar relación alguna con el compositor; un soliloquio casi enfermizo que indaga sobre lo que llevó, a quien supo tener prácticamente el mundo a

sus pies en el siglo XX, a un deterioro físico y mental, y a una muerte indecorosa; y un juego de abstracciones y ensoñaciones propuesto a partir del desmenuzamiento de la poesía de una extraña aunque hermosa, mágica canción de un aún más extraño protagonista de la música popular contemporánea.

Considero que es pertinente hacer alguna reflexión sobre este último cuento, titulado nada menos que “Interrupción”. Los escenarios, imaginarios o no, que se describen en este son oscilaciones entre sueños diurnos y realidades paralelas sobre el trasfondo de una melodía que desgarrar las cuerdas del tiempo. Las palabras finales del cuento son una paráfrasis de los primeros versos de la canción “Nude” del grupo británico Radiohead, escritos por su cantante Thom Yorke, de quien tomé su imagen para darle forma al protagonista; un protagonista que se encuentra perdido entre dos mundos, sin terminar de entender cuál de los dos es real: “Don’t get any big ideas, they’re not gonna happen”<sup>9</sup>. La vida anímica a veces nos obliga a renunciar a un placer conocido. No hay nada más difícil que esto y, de hecho, no podemos hacerlo. Simplemente nos limitamos a permutar una cosa por otra; lo que parece ser una renuncia es en realidad una formación de sustituto o subrogado. Lo que los versos mencionados reflejan es también la idea medular del cuento: a quienes solemos dejarnos llevar por nuestras ensoñaciones, muchas veces nos resulta más satisfactoria la propia fantasía que la realización del deseo que esta esconde en sí misma.

Mientras me dedicaba a escribir el último de los textos, que hasta dónde yo llegaba a especular nada tenía que ver con el contrario, me fueron referidas dos historias. Por un lado, el relato de un íntimo amigo sobre sus experiencias con una nueva terapia que había comenzado y sobre la perturbación que le provocaban algunas particularidades sobre él mismo descubiertas. Esta terapia combinaba conceptos de psicología junto con algunas nociones de astrología y de religión. Por otro lado, el relato de otra amiga cercana, que me aseguraba haber conocido a un hombre que escondía en sus ojos un espanto que no podía caber en una sola vida. Decidí entonces observar este conjunto de casualidades desde otro lugar, como causalidades.

Según dijo Freud, la vida anímica posee mucha menos libertad y arbitrariedad de lo que suponemos, y quizás carezca de estas en absoluto:

---

<sup>9</sup> “No te hagas grandes ideas, estas no van a suceder”. Traducción al castellano de los primeros versos de la canción “Nude”, del disco *In Rainbows* (2007).

Lo que en el mundo exterior nos hallamos acostumbrados a calificar de casualidad demuestra luego hallarse compuesto de múltiples leyes, y también lo que en el mundo psíquico denominamos arbitrariedad, reposa sobre estrictas normas que, por ahora, nada más oscuramente sospechamos (2008: 113).

No obstante, estimo que la diferencia entre casualidad y causalidad es como mucho subjetiva: es un orden que intentamos ponerle a un mundo que no lo tiene, dándole un significado a la proximidad que existe entre dos o más eventos. Pese a esto, me propuse jugar o fantasear con la idea de causalidad. Y así fue entonces como ambos sucesos se desdoblaron en lo que sería el marco de los cuentos que estaba recopilando. En “La chica”, la protagonista conoce a un hombre que, al mismo tiempo que le resulta encantador, cree adivinar que encierra en su alma todo tipo de horrores y atrocidades. Después, conoce a otro que parece ser completamente antagónico al primero. Esta relación desvela en ella su aspecto más oscuro; es decir, la chica acaba por transfigurarse en aquel hombre que la aterraba. Por otro lado, el cuento que menciono algunos párrafos arriba, que no parecía tener relación con los demás, se centra en la relación entre dos grandes amigos que poco y nada sabían el uno del otro, y tal vez así hubiera sido mejor. Resolví, de este modo, que estos dos amigos tuvieran ambos una razón para ese silencio, la misma razón: la chica.

Encontramos así la clave que nos conduce al elemento cardinal, por sobre todos los elementos expresados anteriormente, que unifica a todos los cuentos: el silencio o, más bien, la inopia del lenguaje. El compositor de “Elvira”, acechado por una mancha que está solamente en su cabeza, sueña unas palabras en un idioma que no puede o no sabe traducir; ante esto, lo que hace entonces es traducirlas a notas musicales. En “Los árboles torcidos”, el protagonista se siente imposibilitado de expresarle su deseo a la persona amada, esa persona que es su único vínculo con el mundo real. “Devenir” es un monólogo interno de un hombre desesperado y rendido ante su desconexión física y emocional del resto de las personas; las palabras no le faltan al protagonista, sino que le sobran, pero nadie quiere oírlos y él, a su vez, desearía que no hiciera falta tener que decirlas. Es esa la imposibilidad del lenguaje. Eso que sucede cuando este cae en esos abismos en donde ya no puede accionar, no es suficiente, y yerra, se enreda, y quiere nombrar aquello que se sabe incapaz de nombrar.



## HE DICHO LO QUE HE DICHO

Dicho todo esto en este apartado introspectivo, debemos aclarar que no es de lo más conveniente confiar en el análisis presentado ya que las interpretaciones o comentarios conscientes y razonables que un artista ofrece acerca de su obra deben ser considerados como racionalización *a posteriori*, un autoengaño, una justificación ante el propio intelecto, o un ocultamiento. Son simplemente hipótesis, conjeturas: es sabido que toda interpretación es en definitiva un malentendido. Pero más que cualquier otra cosa, como supo expresarlo el filósofo e intelectual Karl Marx: “No podemos juzgar a un individuo basándonos en lo que este piensa de sí mismo”.<sup>10</sup>

## SOBRE EL ARTE

Con el propósito de resumir estas reflexiones que hemos postulado, podríamos volver sobre la idea de *interrupción* propuesta, puesto que la psicología misma sugiere una ruptura en la forma en la que analizamos el arte. Se suele señalar en esta materia que el artista es una suerte de neurótico y desarrolla un psicoanálisis en la simbología de su lenguaje artístico. A estos símbolos o imágenes, los trata como el espejo de su alma, permitiéndose así que sus inclinaciones salvajes se manifiesten en las imágenes compuestas a partir de su fantasía: en su creatividad; libera estas inclinaciones y deseos inconscientes por el mecanismo de la transferencia, o sustitución, asociando afectos tempranos con conceptos nuevos (Freud, 2008).

Asimismo, el psicólogo y ensayista Lev Vygotsky dijo que el arte está en algún lugar entre el sueño y la neurosis: “se basa en un conflicto demasiado maduro para el sueño, pero no lo bastante maduro para ser patógeno”<sup>11</sup>. Es decir, los sueños y las neurosis se manifiestan cuando el consciente y el inconsciente entran en conflicto el uno con el otro; el proceso psicológico es esencialmente el mismo en los tres, lo que varía es solamente el grado de intensidad. Los procesos generados en el inconsciente suelen tener continuación en nuestro consciente y, a su vez, muchos hechos conscientes son empujados al inconsciente. Existe en nuestras mentes una conexión continua, animada y

---

<sup>10</sup> Karl Marx, citado en VYGOTSKY, L. (2008) *Psicología del arte*, Buenos Aires: Paidós.

<sup>11</sup> O. Rank y H. Sachs, citados en VYGOTSKY, L. (2008) *Psicología del arte*, Buenos Aires: Paidós.

dinámica entre estas dos áreas. El inconsciente, de forma indirecta, afecta todas nuestras acciones y se revela también en nuestro comportamiento consciente. Una obra de arte genera elaboraciones inconscientes mucho más intensas que las conscientes y, frecuentemente, se contraponen entre unas y otras.

Freud sugirió dos formas de manifestación inconsciente más próximas al arte que las que hemos mencionado: el juego infantil y las fantasías de ensoñación diurna. El niño se toma muy en serio el mundo que él mismo crea; se toma su juego muy en serio y lo hace con una elevada dosis de energía. Este distingue muy bien entre el mundo creado por él y la realidad, y busca apoyo para los objetos y las relaciones imaginarias en los objetos tangibles de la vida real. En cambio, el adulto suele avergonzarse de sus fantasías y las esconde de los otros, las cría como a sus intimidades más personales; en general, preferiría el adulto confesar todas sus faltas antes que comunicar estas fantasías. Y no parecen ser nuestros sueños otra cosa que tales fantasías transfiguradas, como se pone en evidencia en su interpretación.<sup>12</sup>

En el arte, así como en los sueños, se expresan deseos que no pueden ser satisfechos de forma directa. En los sueños, estos deseos reprimidos se nos presentan forzosamente distorsionados; en las obras de arte, los expresamos bajo un disfraz. El artista debe dar una forma artística a sus deseos reprimidos, aquellas fantasías de las que se avergüenza, a fin de que puedan satisfacerse (Vygotsky, 2008).

La forma de una obra de arte proporciona un placer “hueco” o superficial, estrictamente sensorial, que actúa como señuelo, como un goce que atrae al espectador hacia lo que sería un ejercicio de reacción ante lo inconsciente, difícil, doloroso a veces. El disfraz artificioso tras el que se esconde la obra de arte le permite al artista revelar el deseo prohibido y, del mismo modo, engañar a la censura de la conciencia. El verdadero placer que surge de una obra de arte, tanto para su creador como para quienes atienden a esta, puede explicarse como la liberación de las fuerzas psíquicas de las tensiones que nos afligen, cuando superamos lo que nos repugna.

Sin embargo, debemos aclarar que esto no quiere decir que el trabajo de un artista tenga un solo sentido o significado. El arte puede ser interpretado siempre de una manera distinta. Y no simplemente eso: este es experimentado, sentido de una manera distinta

---

<sup>12</sup> Freud S., *art. cit.*

también, tanto como personas hay en el mundo. El logro del artista no reside en el contenido que quiso darle a su trabajo, sino en la flexibilidad de la imagen, en la capacidad de este para inspirar reflexiones y emociones diferentes. Sucede lo mismo con los sueños: difícilmente son la exposición o escenificación de una única idea. Reflejan, de hecho, una serie de representaciones en una complicada trama, ya que “existe en ellos una lucha transaccional entre lo reprimido y lo dominante, que deviene en todas las imágenes oníricas, desfiguraciones, que ocultan algo no desfigurado, pero repulsivo en cierto sentido” (Freud, 2008: 168).

Nociones similares con respecto a los sueños son planteadas por la neurociencia. Estos son un elemento importante dentro de los procesos creativos: los sueños ayudan en el proceso de inducción de una idea original; aunque solamente es posible, claro, sobre la base firme de un conocimiento naturalizado de aquello en lo que se pretende ser creativo. En los sueños, la actividad cerebral genera patrones más desordenados y el pensamiento creativo gesta nuevas combinaciones y posibilidades a las que, en estado de vigilia, difícilmente arribaríamos. Pero el relato consciente está teñido de fábulas también. Y si los sueños fueran una mera ilusión, sería posible que estos no fueran más que la ilusión de un relato construido al despertar.

## **SOBRE NUESTROS PROCESOS CREATIVOS**

### **CAZADOR CAZADO**

Lo que resulta entonces de todo este trabajo es un intento aventurado de definir qué es el arte (intento que en el apartado anterior he comenzado a esbozar), así como lo que se refiere a los procesos creativos que lo impulsan y de dónde surgen estos en primera instancia. En los últimos párrafos de los apartados introductorios, menciono una frase muy conocida del escritor y ensayista Albert Camus: la existencia del arte se basa en la necesidad del ser humano de comprenderse a sí mismo y al mundo que lo rodea. Podríamos volver, de este modo, sobre la analogía del artista, el escritor más precisamente, como cazador. Como lo hemos referido en su momento, escribimos para intentar capturar emociones, pensamientos que conmueven nuestras vidas, que se

impregnan en nuestro ser y que dejan una huella en nuestra sensibilidad y en nuestra forma de apreciar el mundo; todo esto, mediante el lenguaje. El ser humano necesita indefectiblemente ser capaz de interpretar el entorno que lo rodea, hacerlo suyo, transformarlo en algo reconocible para sí mismo; tiene una insaciable urgencia por aprehenderlo todo. Al no resultarle posible, busca la satisfacción de sus deseos de otra forma, a través de la transfiguración. El arte es esa pulsión por querer transmitir aquello que inquieta nuestra alma; nuestros procesos creativos intentan resolver esa búsqueda, esa transferencia. Y surgen, quizás, de lo que nos preguntamos sin decir una palabra, de lo que pensamos sin lograr articularlo, de nuestro inconsciente. Son los procesos creativos un interminable, continuo rastro de la indagación de nuestro propio espíritu y un intento fútil de comprensión de este mundo.

## LAS PASIONES TUMULTUOSAS

Uno de los rasgos más característicos del arte es que los procesos creativos en los que se envuelve la obra y su uso parecen ser oscuros, inexplicables, inaccesibles para el pensamiento consciente. La interpretación es un malentendido, ya lo hemos dicho. Las palabras no pueden explicar los aspectos sustanciales e importantes de las emociones. Para el alma no hay leyes; tampoco para el arte. Ahora, como antes o después, el alma es y será insondable. Así como lo señaló Platón, son los poetas los últimos en conocer aquellos métodos que utilizan para su creatividad.

Nuestros procesos inconscientes nos permiten comprender de forma indirecta, alegóricamente, lo que no puede ser entendido de forma inmediata. Todo el carácter psicológico de una obra de arte puede reflejarse en este carácter indirecto. El artista, mediante sus procesos creativos, selecciona elementos y los combina según las normas dadas o aceptadas, y traspone también estos elementos tradicionales a otros sistemas, y así sucesivamente. Por otro lado, el espectador percibe el carácter estético de una obra a través del sentimiento y la imaginación. El arte es entonces esa disciplina que sistematiza una esfera muy especial de la *psique* del hombre: sus emociones. Dado que el intelecto no es otra cosa que voluntad inhibida, podríamos concebir la imaginación como sentimiento inhibido (Vygotsky, 2008). Los elementos más importantes de los actos creativos son los procesos inconscientes.

Tal vez no sea que el mundo es confuso, sino que nosotros nos confundimos al querer interpretarlo: el mundo continuamente vierte sobre nosotros todo tipo de llamadas, deseos y estímulos. Nada más que una ínfima parte de estos fluye a través de nuestra conciencia y llega a verse realizada. Aquellos no realizados deben ser vividos de un modo u otro, para mantener un equilibrio entre nosotros y nuestro entorno. Los actos creativos, los sueños, el fantaseo parecen ser un medio psicológico para poder establecer dicho equilibrio en los puntos críticos de nuestro comportamiento emocional. El placer y el displacer pueden ser emociones intensas y prolongadas; pero, del mismo modo, como es propio de una emoción, nunca son claras.

## **PALABRAS FINALES**

A modo de conclusión, cabría la posibilidad de considerar nuestros procesos creativos como una especie de catarsis, una forma de eliminar nuestros conflictos con el inconsciente sin caer en la neurosis, como dijo Vygotsky: “Un poderoso instrumento en la lucha por la existencia” (2008: 300). La posibilidad de liberar todas estas pasiones que nos irrumpen y que no encuentran su cauce en la vida normal y consciente es la posibilidad que nos da el arte y los procesos creativos.

A lo largo de la historia de la literatura son innumerables las historias que se refieren a este tipo de procesos “reveladores”, en donde nuestra creatividad nos juega una “buena pasada”, por decirlo de alguna forma. Tal es el caso de Julio Cortázar, quien dijo haber soñado la historia del cuento titulado “Casa tomada”; o Robert Luis Stevenson, quien atribuyó a los sueños muchos de sus escritos, como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*; o el poema “Kubla Khan” de Samuel Taylor Coleridge, que lo calificó como una creación opio-onírica. Pero este tipo de ejemplificaciones no se limitan simplemente al campo de la literatura. Al científico Friedrich Kekulé, según lo expresó él mismo, fue un sueño el que le permitió descubrir la estructura de la molécula de benceno. Por otro lado, pintores como William Blake o Paul Klee también atribuyeron muchas de sus obras a los sueños; algunos compositores, como Mozart, Beethoven o Wagner, han juzgado que los sueños son fuente de inspiración.

Creemos que estos procesos inconscientes son más que una simple catarsis, una intuición, un talento innato o una inspiración espontánea. Se dice que “se escribe con la cicatriz, no con la herida”.<sup>13</sup> Estas palabras se refieren a que el lenguaje de nuestro inconsciente necesita de una cierta fluidez y de un tiempo de maduración para poder elaborar las representaciones, simbolismos, para traducirlos en ideas y conceptos a nuestro consciente. La omisión o insuficiencia de estos procedimientos en su evolución, nos limita quizás a sensaciones más efímeras y superficiales. Si prestamos mayor atención a estos procesos, podemos elevar nuestro espíritu a una instancia superadora, y es posible que escribamos menos, sin dudas, pero mejor. Serán nuestras producciones estéticas más significativas: escribiremos literatura.

---

<sup>13</sup> Estas palabras pertenecen a la rectora del Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea, Lina Mundet, expresadas en el transcurso de un final de la materia Literatura, en 2014.

## ANEXO

Aun teniendo en cuenta que la tarea de desarrollar una “conciencia” sobre nuestros procesos inconscientes es ardua y difícilmente manejable o controlable, intentaremos imaginar una suerte de ejercicios y consejos prácticos para que, quienes que así lo desean, aunque no sea posible tener un dominio pleno sobre estos procesos, puedan sacarle el mayor provecho. Las recomendaciones que siguen a continuación, que pueden entenderse también como un juego, apuntan a la idea de que aquellos pensamientos creativos que tenemos, aquellos que son realmente significativos, no caducan en nuestra alma; de hecho, persisten e, indudablemente, con el tiempo, se nos manifiestan de forma directa, depurados en una creación estética trascendental sobre los verdaderos deseos que cautivan nuestras pasiones.

### UNOS NUEVE EJERCICIOS Y CONSEJOS PRÁCTICOS

*1. Piense creativamente, no anote nada; 2. Cuando sienta la necesidad de sentarse a escribir un texto, retrásela; 3. Después escriba, pierda lo que escribió, y rescribalo.* Al momento en que una idea irrumpe en nuestro consciente, solemos considerar que podría ser una genialidad; con el tiempo, nos damos cuenta de que no lo es tanto. Se dice que mientras más apurados estemos, más obstáculos encontraremos. Nuestro cerebro tiene variados tipos de memoria que son útiles para diferentes aspectos de nuestra vida. Cada pensamiento que nos atraviesa se impregna en algún lugar de este, aunque sea de forma indirecta. Nuestro inconsciente, por sí mismo, depura todos estos estímulos y abstracciones de modo que, en cierta instancia, se nos revela de forma directa solamente lo que resulta creativamente útil, por así decirlo.

*4. Duerma mal y en lugares inesperados; de vez en cuando, duerma bien. O viceversa.* Situarnos a nosotros mismos frente a situaciones extremas, nos obliga a tener reacciones extremas, reacciones que no tendrían cauce en nuestro comportamiento ordinario. El descanso es una parte importante en la vida del ser humano; sin este, tal vez sintamos que nuestras neuronas empiezan a resquebrajarse una por una. A través de los surcos que se van abriendo entre estas hendiduras pueden surgir nuestras emociones más

violentas e innegablemente legítimas, así como nuestras reflexiones más prodigiosas y nuestros pensamientos creativos más perturbadores; quizás, en cierto punto, sean también estos los más deslumbrantes de todos.

5. *Invéntese símbolos sin pensar demasiado en su significado, dibújelos.* Muchas de las ideas creativas que se nos presentan de manera gráfica: una figura, combinaciones geométricas o conjuntos de imágenes, nos permiten percibir o desarrollar una síntesis de pensamientos y reflexiones desde una perspectiva inmensamente más colmada y más amplia que las palabras. Carl Gustav Jung dijo que los símbolos son representaciones del alma humana expresados en forma de mito.

6. *Juegue con las palabras, rímelas; haga asociaciones libres.* Las convenciones establecidas por las que se rige nuestro comportamiento social confinan nuestros impulsos más primitivos a un estado represivo; las zonas de nuestro cerebro más desorganizadas e innatas (el ello) son también las más profundas. Mediante el juego nos damos entonces esa posibilidad de recobrarlas.

7. *Estudie otras lenguas: hable y escriba en esas lenguas aunque no sepa cómo.* Al expresarnos en un idioma que todavía no logramos comprender completamente —sus reglas, los significados de las palabras y sus similitudes o contradicciones con nuestro propio idioma—, nos atrevemos a expresar y a confesarnos aquello que, de otro modo, no sabríamos cómo en nuestra lengua originaria.

8. *Escriba lo que recuerde de sus sueños, siempre.* Como lo hemos expresado a lo largo de todo este trabajo, los sueños son fuente reveladora de todo tipo de transfiguraciones, imágenes visuales, símbolos y pasiones ocultas.

9. *Procure dispersar su memoria lo más que pueda; dispérsese usted también.* El juego es también una parte importante en la vida del ser humano. Nos proporciona los estímulos y la curiosidad que sostienen la vida.

10. *Dicen que es mala suerte terminar en número impar.*



## BIBLIOGRAFÍA

### CORPUS ANALIZADO

MANTEROLA, P. *Los árboles torcidos*, inédito.

### LIBROS CITADOS

BARICCO, A. (2012) *Mr Gwyn*, Buenos Aires: Anagrama.

BATAILLE, G. (1988) *La felicidad, el erotismo y la literatura*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2004.

CAMUS, A. (1953) *El mito de Sísifo*, Buenos Aires: Losada, 1991.

CASSANY, D. (1988) *Describir el escribir*, Buenos Aires: Paidós, 2014.

FREUD, S. (1970) *Psicoanálisis del arte*, Madrid: Alianza Editorial, 2008.

GUERRIERO, L. (2014) *Zona de obras*, Barcelona: Círculo de Tiza.

JUNG, C. G. (1970) *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Buenos Aires: Paidós, 2014.

VYGOTSKY, L. (1971) *Psicología del arte*, Buenos Aires: Paidós, 2008.

### LIBROS CONSULTADOS

CASSANY, D. (1995) *La cocina de la escritura*, Buenos Aires: Anagrama, 2012.

FREUD, S. (1988) *Los textos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona: Ediciones Altaya, 1997.

FROMM, E. (2012) *El lenguaje olvidado*, Buenos Aires: Paidós.

LABERGE, S.; H. RHEINGOLD (1990) *Exploración de los sueños lúcidos*, Buenos Aires: Arkano Books, 2013.

LAS HERAS, A. (2005) *Sueños: el lenguaje onírico develado*, Buenos Aires: Alhué.

MARTIN, A. (2012) *Cómo escribo*, Barcelona: Now Books.

## DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS

AUSTER, P. (2012) *El cuerpo en el que habito* [en línea] Buenos Aires: Revista Ñ  
[consultado el 28 de marzo de 2015]

Disponible en:

<http://clar.in/1RmnIPF>

BORGES, J. L. (2015) *El arte narrativo y el inconsciente* [en línea] Buenos Aires: Revista Ñ [consultado el 9 de septiembre de 2015]

Disponible en:

<http://clar.in/1OCEB7F>

FREUD, S. (2000) *Sigmund Freud y la creación* [en línea] Buenos Aires: *La Nación*  
[consultado el 20 de abril de 2015]

Disponible en:

<http://bit.ly/1isvITv>

## SEGUNDA PARTE

# LOS ÁRBOLES TORCIDOS

PAULO MANTEROLA

<b>LA CHICA.....</b>	<b>29</b>
<b>INTERRUPCIÓN .....</b>	<b>37</b>
<b>LA ARAÑA Y LA MOSCA .....</b>	<b>44</b>
<b>ELVIRA.....</b>	<b>52</b>
<b>LAS MÚSICAS ATROCES .....</b>	<b>55</b>
<b>LOS ÁRBOLES TORCIDOS.....</b>	<b>62</b>
<b>DEVENIR.....</b>	<b>75</b>
<b>EL VIEJO.....</b>	<b>77</b>

*No leas.  
Mira las figuras blancas que dibujan  
los intervalos que separan  
a las palabras de muchas líneas de libros,  
e inspírate en ellas.  
André Breton y Paul Éluard  
(El juicio final)*

## LA CHICA<sup>14</sup>

Una vez conocí a un hombre que fue un asesino en otra vida. Conservo su recuerdo en mi mente, en mi espíritu y en mi piel como si el tiempo, ya casi una vida, nunca hubiera pasado. No sé cómo ni por qué, pero lo supe en ese mismo instante en que lo conocí: estaba en sus ojos. Esos ojos tiernos y condenados. Todas las vidas que había despedazado, el sufrimiento, el horror, el asco, el desprecio por la vida humana, la tristeza que engendra esa oscura sensación de sentir el alma corrompida, todo estaba ahí, en su mirada. Y yo pude verlo, lo sentí, y no pude evitar enamorarme de él. Era un hombre agradable, carismático, encantador. Me resultaba ridícula toda esa idea y, a la vez, fascinante. Nunca me puse a pensar desde hacía cuánto tiempo cargaba él con todas esas desgracias. Sentía escalofríos nada más que de pensarlo, y creo que también algo de lástima por él, en cierto grado. Un pobre hombre que arrastraba un sino que era como una gangrena en su corazón, y él apenas si podía intuirlo. Sin embargo, me sentía profundamente cautivada por todo ese extraño ensueño.

\* \* \*

Conocí a este hombre mientras trabajaba de recepcionista en una agencia de seguros. Yo tenía veintidós años en ese momento y él, casi cuarenta. Se paró frente a mí ese día y yo ya no pude alejar mi mirada de su rostro, con algo de miedo y ternura al mismo tiempo. No escuché una sola palabra de lo que había dicho. Al darse cuenta de esto, simplemente se sonrió. Todo empezó como un juego. Unas semanas después, comenzamos a vernos con frecuencia durante un tiempo, que duró entre tres y cuatro meses. Era bueno, siempre caballero y generoso. No es que tuviera grandes gestos, sino que resultaba agradable estar cerca de él. Generalmente, nos veíamos en mi departamento, después de mi trabajo. Siempre me traía flores, me llevaba a cenar o a tomar algo y me obsequiaba todo tipo de estupideces nada más que para sacarme una sonrisa. Al mismo tiempo, él era también un hombre muy serio; y yo lo amaba a este hombre, si tengo que ser horriblemente honesta. Él sabía bien cómo tratar a una mujer y también se daba cuenta de esto, aunque no se comportaba con soberbia. Raras veces se quedaba a dormir. Mientras más tiempo pasábamos juntos, menos sentía yo que sabía

---

<sup>14</sup> o las pequeñas muertes, o por qué las mujeres se enamoran de los psicópatas.

sobre él. Era obsesivamente organizado y meticuloso tanto en su aspecto como en sus formas de actuar y de pensar. Todo debía tener un orden, un procedimiento, y una anomalía también. Lo que había entre nosotros lo desconcertaba, aunque quisiera disimularlo. Una fuerza que estaba más allá de nuestros impulsos más primarios nos dominaba. Ya no sé. Y, aunque a veces sentía que podía desmenuzarlo como si estuviera hecho de arcilla y polvo, con una mirada que parecía no tener rastros de humanidad alguna, él me disuadía de cualquier certeza que yo creyera tener; era él, siempre (aunque yo quisiera engañarme), quien marcaba el ritmo, la intensidad, la pausa y la vibración de cada uno de nuestros momentos. Todo era un cálculo o una variable para él. Y yo estaba rendida a sus pies.

Me contó un día que, unas semanas antes de haberme conocido, había iniciado una especie de terapia con una psicóloga y tarotista. Me dijo además que esta mujer le había hecho una carta astral antes de establecer y acordar un tratamiento. Frente a sus ojos y su conciencia, comenzó a desenmarañarse entonces una cadena de horribles pasados que cargaba sobre su espalda: guerras, asesinatos, perversiones, ferocidad, engaños; todo eso que yo ya sabía, que había intuido nada más que con mirarlo a los ojos. Cada vez que me hablaba de todo esto se sentía realmente confundido, aunque no molesto; no perdía la serenidad cuando me contaba estas cosas y, en ocasiones, hasta le resultaba divertido. Parecía haber hecho todo tipo de atrocidades, y nadie lo había obligado. Yo, por otro lado, me sentía inmensamente privilegiada de ser su confidente. Él nunca antes había creído en nada de lo que esta mujer le explicaba, pero ahora quería respuestas, alguna respuesta, sobre alguna cuestión que todavía no sabía cuál era tampoco. Fue un momento extraño de su vida aquel que le tocó en suerte compartir conmigo todas esas experiencias. Algún impulso desesperado de su ser por creer en algo lo llevaba a sentirse movilizado por las cosas que esta mujer le decía sobre él. En algún lugar profundo de su existencia, debía hallarse todo eso. Y era en esta vida en que le tocaría pagar, y tal vez así haya sido. Y para eso, tal vez también haya sido necesario que se cruzara conmigo. ¿Quién sabría?

Yo necesitaba conocer todo sobre aquello, y él se sentía cada vez más perdido entre todo ese caos de visiones, imágenes y simbolismos. En este nuevo escenario al que había sido arrojado, no era deseado siquiera por él mismo, y eso le resultaba desconcertante, extraño y perturbador. El verme a mí le daba cierta sensación de seguridad, me decía. Sus sesiones eran poco ortodoxas; todo lo que sucedía allí lo era. Aquella mujer le pedía que hiciera dibujos y que inventara historias a partir de estos,

que las escribiera, haciendo asociación libre, sin pensar en las palabras y su significado. Después, sobre esas historias, ella profundizaba en el análisis y mantenía con él conversaciones que funcionaban como disparadores de muchas otras cuestiones. En algunas sesiones, era sometido a una suerte de hipnosis o regresión a vidas pasadas. Todo eso él lo compartía conmigo, entusiasmado, excitado, como un chico que le muestra el cuaderno de clase a su madre, orgulloso: los escritos, los dibujos, todo. Me había entregado también las grabaciones; yo le prometí que no se las mostraría a nadie. Confiaba demasiado en mí, más que en cualquier otra persona. Y parece una locura admitirlo, pero yo quería, deseaba, por momentos, que esa alma putrefacta, esa sombra de lo que fue, que estaba escondida en su ser, se hiciera carne en él y se mostrara ante mí, me tomara con toda su fuerza y su brutalidad, y me hiciera suya. Siempre tuve esa fantasía latente en todo mi cuerpo.

Había una sesión entre todas, una de las primeras, particularmente perturbadora, en la que él contaba una sucesión de sueños que había tenido y que lo perseguían todavía. Después de escucharlo una y otra vez, las imágenes de ese mismo sueño vinieron a mí una noche mientras dormía. Me desperté muy alterada, desconcertada; necesitaba transcribirlo todo. Me sentía verdaderamente aturdida. Incluso temía que, mientras escribía, sentada en la cama, en medio de la oscuridad, aquellas imágenes tomaran vida de pronto entre las sombras de mi habitación, en el aire que respiraba o, lo que hubiera sido peor, dentro de mí. Pero terminé por desechar todo lo que había escrito. Decidí que lo mejor sería escribir la historia como me fue contada a mí, a través de él. Esa misma noche comencé a desgrabar las sesiones en las que hablaba de aquella sucesión de sueños. La forma en la que él contaba esos episodios me resultaba estremecedora, las palabras que utilizaba. En un principio, describía un campo en las afueras de Inglaterra que, un tiempo después, me enteré de que existía físicamente y pude comprobar que era idéntico a como él lo describía, hasta en el más mínimo detalle, pese a que nunca había estado allí. Una vez que terminé, volví a la primera página y escribí en el margen superior de la hoja la palabra *interrupción*. No podría recordar por qué lo hice realmente o si me sentía yo misma en ese momento. Paul Valéry alguna vez dijo que todo comienza por una interrupción.

Durante ese tiempo nos veíamos seguido, dos o tres veces por semana. Un día, decidí mostrarle el texto. Era un relato singular, inspirado. Yo quería que él supiera de las cosas que era capaz de lograr, que de todo ese horror podían salir a la luz cosas hermosas. Él había logrado transformar una pesadilla en una preciosa fábula. Al verlo y

leer algunos pasajes, se sonrió: estaba nervioso en realidad. No era feliz con todas aquellas visiones que habitaban dentro de su ser, y ahora se le presentaban ante sus ojos. Me dijo que era mejor que lo guardara yo, que todo aquello ya lo hostigaba lo suficiente dentro de su cabeza. Esa noche, me hizo el amor de una manera inusual. No de la manera en que yo fantaseaba, pero no podría haber sido mejor sin dudas. Tenía una forma de tocarme que todavía hoy recuerdo. Era gentil, cariñoso y al mismo tiempo algo violento, con una energía desenfrenada y vehemente. Somos esclavos de nuestra propia piel, dicen. Y después de esa madrugada, nunca más lo volví a ver.

Las personas nunca fueron difíciles de interpretar para mí; incluso, suelo tener la inteligencia para adelantarme a sus acciones y reacciones. No digo esto con orgullo o soberbia ya que considero que ha afectado negativamente mis relaciones a lo largo de toda mi vida. Pero con él todo quedó sin resolver, para siempre. Y esa fue la peor parte. No poder comprenderlo. La verdad es que nunca me contó demasiado sobre sí mismo, y yo tampoco nunca hice demasiadas preguntas. Nunca tuve demasiada curiosidad por saber tanto sobre él; o tal vez sí, pero tenía miedo de las respuestas. Durante el tiempo que pasamos juntos, nada importaba más que ese mismo momento.

La desolación me habitaba. Me había obsesionado la idea de volver a verlo, de entrar en su vida nuevamente. Y hoy, que puedo mirar todo esto desde otra perspectiva, puedo entender por qué. Antes de que desapareciera, yo todavía pensaba seguir viéndome con él algunos meses más probablemente. De hecho, siempre creí que sería yo quien lo dejaría a él. Siempre tuve en mi imaginario un camino visiblemente marcado, y él rompió con todos mis esquemas. Darme cuenta de que había perdido el control sobre esa relación, sobre mí misma, no poder encontrarle una explicación a su forma de actuar conmigo, me resultó insoportablemente cruel y angustiante. Y es lamentable, desesperante, cuando no se puede o no se quiere entender las razones por las que una se enamora de alguien o por las que lo extraña. Y me aferré entonces con todo mi desconsuelo a sus palabras y trazos.

Las sesiones de regresión a sus vidas pasadas eran historias fascinantes, inquietantes. (Estas grabaciones no contenían las posteriores conclusiones, sino simplemente el relato de los hechos que él iba sintiendo que se desarrollaban). Había hecho cosas increíblemente terribles y había sufrido mucho también. Había sido un mercenario y servido a grandes déspotas; tal vez había sido el asesino del padre de la sinfonía, algo cercano a un inmortal, rey y más aún. Los dibujos que había improvisado me resultaban irresistibles. Uno, entre todos los demás, resultaba tan hipnotizante como



incomprensible. Era simplemente una pared desnuda que, en un determinado punto, tenía una mancha espantosa, como si el material del que estaba hecha se hubiera estado pudriendo desde hacía ya mucho, demasiado tiempo. Daba nauseas. Y, aunque pensar de que ese hombre había estado dentro de mí por momentos me daba tanto asco y terror, otras veces me hacía sentir magnánima, sublime, trascendente.

\* \* \*

Casi la mitad de una vida después, hace unas semanas, me enteré de que había muerto. La noticia de su deceso fue publicada en algunos diarios, hace no más de un mes; se desató un pequeño gran infierno alrededor de todo esto, toda una gran estrategia de publicidad. No porque él o su asesino o víctima (la forma en que se fueron desencadenando los hechos de esa noche aún no son claras) fueran personas de gran interés público, sino por todas las circunstancias que enmarcaron aquel suceso y porque a las personas, en general, les encanta especular cualquier tipo de habladurías sobre las vidas ajenas, como si hubiera allí una especie de fantasía o deseo proyectado sobre ellas mismas. De hecho, el otro sí era relativamente conocido; se trataba de un escritor menor, pobre y más destacado en el ambiente literario por sus traducciones y correcciones que por su propio trabajo. Debo confesar que todo esto me resulta extremadamente curioso, sobrecogedor y hasta gracioso, de un modo terrible supongo: también lo conocí a ese hombre, al pequeño escritor. Se llamaba Diego. La persona más buena que haya conocido. Me adoraba de una forma intolerablemente tierna. Un hombre terriblemente inteligente, curioso, inquieto y, sin embargo, alegre y optimista. El mundo era un jardín de juegos, y su único deseo era que yo saliera a jugar con él.

Yo ya tenía veinticinco años y Diego era diez años mayor que yo cuando nos conocimos. Su presencia, para mí, era completamente enternecedora, invaluable. Pero yo no podía, de todas formas. Mi percepción de todo lo que me rodeaba había sido distorsionada, o desvelada quizás. ¿Quién podría saberlo o juzgarlo? Pero ya no me sentía capaz de entregarme a nada ni a nadie. Me sentía discapacitada emocionalmente, pese a que el amor y el cariño que él me brindaba comenzaban a hacerme sentir entera una vez más. Y no me pedía mucho Diego; inconscientemente, yo le reclamaba mucho más, supongo, por todo lo que me había sucedido.

En ese momento de mi vida, estaba convencida de que las buenas acciones nunca son recompensadas o reconocidas realmente como tales. Las personas son

desconfiadas, mezquinas; se manipulan y se maltratan, se lastiman las unas a las otras, incluso sin entender realmente por qué lo hacen. Ninguna persona podría llegar a valorar todas las virtudes que él poseía. Y por eso mismo, estaba destinado a fracasar una y otra vez. Yo lo sabía. Solamente querían lastimarlo, humillarlo, para que terminara siendo como ellos. En cierto modo, él también lo intuía. En uno de sus cuentos (el mejor de todos los que yo había leído), reproducía una metáfora de lo que él observaba de la naturaleza humana y de cómo se definía esta, comparándola con unos peculiares árboles que había en un bosque de Polonia. Era algo precioso. No podría haber dejado que nadie le hiciera ese daño; preferí hacerlo yo, consciente de todo esto. Para protegerlo, para que aprendiera a protegerse él de las personas. Y tal vez yo no lo merecía, o tal vez no me merecía él a mí. Pero definitivamente, no creo que haya sido ese el mejor momento en nuestras vidas para que nos encontremos.

Hacía ya unos cuantos meses que estábamos saliendo. Yo pasaba casi todos los días de la semana en su casa. Era por demás atento conmigo, me desbordaba en halagos, mimos y caricias. Era realmente la persona más transparente que conocí en mi vida, aunque por momentos esto lo hiciera parecer ingenuo. Su complejidad como ser humano estaba a simple vista, y era tan explícito a veces que resultaba desesperante y agotador. Así como en algunas ocasiones solía angustiarse casi por nada, siempre tenía una sonrisa para mí o una palabra sabia. Nos habíamos encariñado bastante el uno con el otro y disfrutábamos mucho pasar el tiempo juntos. Un día, como cualquier otro, mientras él seguía durmiendo y yo me bañaba, me decidí a hacerlo.

Salí de la ducha y sequé mi cuerpo con una calma que hoy me parece aterradora, por las imágenes que estaban acechando mis pensamientos en ese preciso momento. Cuando entré en la habitación, Diego seguía durmiendo. Me senté en el otro extremo de la cama unos momentos y lloré. Después, abrí un cajón de su ropero y tomé algunos cinturones; lo até con delicadeza, entrega y ternura de pies y manos a las maderas de la cama, y me retiré lentamente. Me sentía ida, borrosa. Yo no quería que despertara todavía. De haberlo hecho, me hubiera arrepentido probablemente.

Al volver había despertado, pero ya no me importaba. Mi decisión no tenía vuelta atrás: estaba determinada. Él se mostró algo nervioso y no entendía bien lo que pasaba. Quería decir algo, pero yo le había amordazado la boca con mi pañuelo. Qué me habría querido decir, nunca voy a averiguarlo. Hoy me lamento, me lo pregunto y me arden las ganas de saber: serían tal vez algunas palabras tiernas para disuadirme, o por primera vez podría haberlo visto quebrarse violentamente, rabioso.

Al ver el cuchillo en mi mano derecha, mientras me iba acercando a él, se puso histérico. El terror que había en sus ojos me angustiaba. Por unos instantes, casi torció mi voluntad. Una vez a su lado, comencé a besarlo en la cara, las mejillas, los ojos, la frente, en el cuello y en el pecho. Quería que se tranquilizara un poco, tranquilizarme yo también; quería que no tuviera miedo, que creyera que nada malo iba a pasarle, aunque fuera una mentira. Algún día entendería que lo había hecho por su bien. Le suspiré al oído que me perdonara. Él respiraba con más calma y había dejado de emitir esos sonidos ahogados que me daban ganas de llorar. No podía soportarlo más. Me aferré con fiereza al cuchillo y lo dejé caer sobre su pierna izquierda, apenas por encima de la rodilla; el filo del metal se abrió paso entre la blanda carne, hasta el hueso, una y otra vez, con enajenación y ensañamiento, hasta lo trágicamente irremediable. Había sangre por todo alrededor, toda esparcida por la cama, en mis manos, en mi pecho, algunas gotas habían salpicado mi cara. No lo escuché gritar. Se había desmayado y yo, presa de la euforia, no me había dado cuenta.

Me fui a lavar al baño, con calma y cierto alivio. Me vestí y me senté en el piso, frente a la cama, por un rato largo, mirándolo descansar apaciblemente. Lloré por él, por mí, por este mundo que nos obliga a corrompernos y pervertirnos, corromper a otros, nada más que para seguir adelante. Lo desaté y me fui de ahí lo más rápido que pude, mientras todavía dormía. Después de ese episodio, no volví a verlo. Nunca dijo nada a nadie sobre esto. Nunca nadie vino a buscarme. Y no me arrepiento, sinceramente. Nunca lo hice, ni un solo día. Volvería a hacerlo, una y mil veces. Tomé esa decisión por una buena causa, para su bien, para proteger esa alma tierna, y él lo entendería eventualmente; le llevaría tiempo (sería eso sensato, no lo dudo), pero lo comprendería. Ya nunca más volvería a confiar en toda su vida.

A todas las personas a las que llegamos a querer y a darles importancia en nuestra vida (y nos influyen, así como nosotros influimos sobre ellas), a todas les entregamos una parte de nosotros mismos, ya sea esta importante, superflua o urgente. A veces lo hacemos por nada, a veces recibimos mucho más de lo que damos: nuestro tiempo, nuestras emociones, nuestras historias, nuestras fantasías. Cada vez que hay un quiebre en esas líneas que cruzan los caminos de unos y otros que son nuestras vidas, eso significa una pequeña muerte para nosotros. Una parte de todo aquello, de nuestra alma, de nuestro corazón, de nuestras voluntades, todo queda en esa persona y ya no volverá nunca más a nosotros. Habrá nuevas personas quizás, o tal vez no. Lo que sentimos, la forma en que damos lo que consideramos preciado para el otro y todo lo

que decimos ya no será lo mismo, no sonará igual, no lo podremos volver a hacer o decir de la misma exacta manera con otra persona. Cada vez que nos vamos de la vida de alguien o ese alguien nos deja, hay una parte de nosotros que debemos dejar morir. Resulta imposible seguir de otro modo. Y para algunas personas este sea quizás un proceso fácil; para otras, no. Pero es necesario e indistinto a todos. Lo que dejamos en todos ellos muere dentro de nosotros, para darle lugar a otra cosa, mejor o peor, ¿quién puede saberlo? No. Una nunca sabe. Y detrás de todas estas muertes, la cadena de sucesos que comenzó el día en que conocí en la recepción de mi primer trabajo a un hombre con la mirada más inquietante y encantadora que alguna vez se posó sobre mí, ha sido cerrada. Me ayuda a vivir creerlo así. Las leyes de causa y efecto que tanto lo atormentaban cuando nos frecuentábamos parecen ya haber caído sobre él, sin dudas. Lo que hace que me pregunte, inevitablemente, cuándo caerán sobre mí. Si será en esta vida, si todo lo que me ha pasado fue mi castigo, o será algo por lo que en otra vida deberé ser castigada; si todo ya se ha equilibrado para mí, si tengo algo que aprender de todo esto, y si será algo bueno, algo malo. Me persiguen todos estos infinitos condicionales, día a día, noche tras noche, todas las horas y minutos...

## INTERRUPCIÓN<sup>15</sup>

Hubo un campo una vez, prodigiosamente extenso, fascinante (acabado en su más mínimo detalle, casi de forma superflua), a un lado de alguna estación de trenes. Nunca supe cómo llegué hasta ahí con exactitud. Recuerdo haber tomado el tren hacia el condado de York, nada más que eso, y ni tanto. En esa época, las estaciones de trenes no eran tan elegantes como lo son ahora y no había señalizaciones de ningún tipo en la mayoría de estas. Recién comenzaba a introducirse este medio de transporte; apenas si funcionaba con regularidad y sin dificultades. Sinceramente, no me hubiera sorprendido descubrir que me había tomado el tren equivocado, pero fue todo tan extraño e inusitado que esa instancia acabó por perder trascendencia para mí. De todas formas, me había quedado dormido. Y tal era mi desconcierto al despertar que me bajé en la primera parada que hizo el tren. No había nadie alrededor, estaba solo. Después de caminar un largo rato, extraviado y algo confundido todavía, me encontré con aquel majestuoso escenario. Entonces todo perdió peso, significado: me abandoné allí. Lo poco que alcanzo a evocar está impregnado en mi memoria de un modo muy abstracto, impreciso. En su momento, incluso, así lo sentí también.

Es probable que tal vez esto, todo no lo haya más que soñado.

Pero entonces, hubo un campo, una vez. Y una niña.

Parecía no tener fin, ese paisaje. La línea del horizonte, que descansaba sobre el suave filo de algunas pequeñas colinas no muy pronunciadas, se encontraba tan alejada entre toda esa verde inmensidad que no pude atreverme a calcular su distancia siquiera. No había más. Ni construcciones ni senderos u otra cosa alrededor. Era nada más que una perfecta y armoniosa continuidad de colores vivos y resplandecientes. Me propuse recorrerlo simplemente, con un andar tranquilo aunque excitado, esperando que más allá, si hubiera algo, acaso fuera el fin de todo lo que existe.

El cielo estaba nublado, completamente, con una opacidad traslúcida, como si este anticipara una lluvia que nunca caería.

No había día, ni noche; era imposible adivinar, me di cuenta. La brisa, fresca y constante, traía consigo una escarcha húmeda que no alcanzaba a mojar. Y fue entonces cuando vi a esta niña.

---

<sup>15</sup> o la desnudez.

Me paralizó, en un principio, sentir que me arrebatában de repente de esa soberbia, suntuosa soledad en la que me encontraba, aunque más tarde consideré que no era una casualidad que ella hubiera aparecido allí, y que el intruso, en realidad, era yo. Simplemente no había notado su presencia.

Su figura, escuálida y solemne, sustraía la atención de cualquier otra cosa.

Estaba algo alejada, abstraída en sí misma. No se percató de que yo estaba allí. De todas formas, por miedo tal vez a que esa majestuosa figuración de repente se viniera abajo o se interrumpiera, decidí no acercarme más a ella. Me senté en el pasto, tras el tronco de un árbol gigantesco, y la observé con detenimiento.

Lo primero que me despertó curiosidad fue que llevaba puestas en los pies unas pequeñas medias de toalla a rayas, de muchos colores, pero no tenía calzado alguno. Vestía una pollera corta y floreada, que le cubría hasta la mitad de los muslos, y arriba una remera color crema, algo verdoso, ajustada a su estilizada figura infantil. Su pelo, largo y abundante, era castaño claro, excepto por algunos reflejos dorados; estaba revuelto y desarreglado. Se movía con soltura y júbilo. De repente, se detuvo y se sentó, con las piernas cruzadas hacia sus costados. Después de jugar un poco con sus cabellos y perseguir con los dedos a algunas hormigas, sacó un pequeño cuaderno del bolsillo de su pollera. Era un cuaderno extraño, a juzgar desde lejos: no tenía tapa ni reverso. Ella iba dando vuelta las páginas al azar, para atrás o para adelante, perdida en esa obsesiva tarea. Desde donde yo estaba, resultaba imposible ver el contenido de esas hojas que iba pasando, una y otra vez, incansable, pero había algo inquietante en esa obstinación. Resignada, sacó una pluma del mismo bolsillo y comenzó a hacer algunas anotaciones en la última página, y desde ahí hacia atrás.

Noté también que en sus manos y brazos tenía alguna clase de manchas, o lunares; pero así como los vi, desaparecieron. Creí haberme confundido, pero después volvieron a aparecer en sus hombros, formando siluetas borrosas. Yo no podía entenderlo muy bien. Todas aquellas extrañas figuraciones, por momentos irregulares, inconstantes, se iban esparciendo por su piel y se desvanecían en un abrir y cerrar de ojos, y después volvían a aparecer. Parecían tener vida propia. Después, desaparecieron completamente. Era aterrador en cierto grado, aunque fascinante. Ella no les prestaba atención alguna, o no las podía ver quizás.

No sé cuánto tiempo habré pasado en ese lugar dicho día, pero sentí la necesidad de irme en ese instante. Me sentía consternado, aturdido. Me eché hacia atrás, alejándome del árbol, y dejé caer mi cabeza sobre la tersa superficie del pasto. Me vi

adormecer. Más tarde, desperté en el asiento del vagón de un tren que se dirigía hacia mi casa, en el condado de Wellingborough, sobre la calle Oxford, sin tener una idea clara de cómo había llegado hasta allí.

Todavía tenía la sensación de haber estado en aquel lugar.

Y me sentía algo estático en realidad, profundamente tocado por todo eso.

Ya no volví a encontrar nunca más tal sitio.

Busqué incansablemente, por doquier; recorrí cada centímetro de tierra, pero fue inútil. Solamente volví en sueños, extraños y desconcertantes. Esta vez, absolutamente seguro de que eso fueron. Sin embargo, pasó un tiempo hasta que me di por vencido. Esta tarea demandó de mis esfuerzos y de mi tiempo más de lo que podía permitírmelo, pero estaba absorto en esta. Visité todos los campos y alrededores de todos los condados en los que pude haberme bajado con el tren que me había tomado ese día; hice la ruta de las demás líneas de trenes, para eliminar todas las posibilidades. Una y otra vez, no había nada que se le pareciera al menos. Y me encontré entonces con aquel paisaje un día, como cualquier otro, en que estaba recostado en el sillón de mi casa, volviendo sobre algunos libros olvidados, buscando una imagen que me remitiera a esa niña.

Como es natural, en la vida como en los sueños, todo continuaba prácticamente igual, aunque en realidad no. Y como es natural, también en la vida como en los sueños, todo estaba en el lugar donde debía estar.

Comencé a caminar lentamente, con los pies descalzos, por el verde forraje del lugar, con cautela, tratando de no perturbar la serenidad que flotaba en el aire. Volví a embriagarme de esa suave brisa que corría; casi había olvidado aquella sensación de ingravidez que nuevamente me arrebatava. Me encontraba no muy lejos de un lago poblado de chicos que antes no había notado. Al advertirlo, en un principio, me asusté y me retiré; después detuve mi andar. Los chicos jugaban y se molestaban alrededor de este y alguno que otro cada tanto se zambullía dentro. Me senté entonces, ya más quietado, y me quedé así observando todo una vez más.

Mientras los chicos seguían con sus tonteras, a unos cuantos metros, se encontraba la niña que había visto aquella primera vez. Ella no parecía querer prestarle atención a sus juegos. No mostraba interés alguno en la presencia de estos o en sus travesuras, aunque por momentos pude notar que los miraba con recelo. Estaba vestida con las mismas ropas. Tal vez tenía el pelo un poco más revuelto de lo que recordaba, y algo más claro. Se encontraba sentada en la misma posición, con las piernas cruzadas hacia sus costados, leyendo siempre ese mismo cuaderno, compenetrada, yendo de una

página a otra, más atrás o más adelante, de manera arbitraria. Los lunares, caprichosos, con sus extrañas e intermitentes formas, también estaban allí, en su piel, por todos sus brazos y sus manos. Aparecían de repente, desaparecían, y después volvían a aparecer, diferentes ficciones, en otro punto o en el mismo.

Después, uno de los chicos se le acercó y comenzó a hablarle. Ella lo miró y le sonrió amablemente, pero le hizo un ademán negativo con su cabeza. Mientras el chico continuaba hablando, los lunares o manchas comenzaron a animarse. Su piel parecía estar velada, borrosa. El chico se sorprendió, aunque trató de disimularlo. Cada vez más vivas, las manchas, las figuras que estas formaban, comenzaron a manifestarse en su rostro. El chico calló por un momento, extrañado. Quiso tocarla, sin miedo, leer con sus dedos ese espanto. Ella no sabía qué era lo que este quería o lo que le intentaba hacer y le apartó las manos con violencia. Trató de quitarse algo de la cara que no sabía qué era; restregó sus dedos por toda su frente, por sus labios, su nariz, pero eso nada más excitaba aquellas figuraciones que la palpitaban.

El chico se alejó corriendo hacia el lago, donde estaban los demás, y les contó aquel extraño acontecimiento. Ella no sabía bien qué había sucedido pero, despreocupada, reanudó su lectura.

Poco a poco, se fueron acercando a ella algunos otros chicos, curiosos, a observarla. La niña no podía entender qué era lo que querían. Ellos se murmuraban al oído entre unos y otros y se empujaban, algo temerosos también, para verla más de cerca. Ella comenzó a sentirse incómoda. Cerró el cuaderno, lo guardó en su bolsillo y los desafió con la mirada, molesta.

Las manchas empezaron a alborotarse más y más. El miedo que sentían ellos se transfiguró en una burla despiadada. Ella se levantó, fastidiada, cohibida, y se alejó corriendo, sin poder contener un llanto que me resultó desolador.

Me desperté, sin más. Y caí en la cuenta más tarde de que había estado durmiendo durante dos días. Tenía hambre, mucha. Pero más que nada, sueño.

Unas semanas después, estando recostado en mi cama, una noche cualquiera, volví a encontrarme en ese campo.

El cielo había cambiado; estaba completamente oscuro.

Me sentía algo desconcertado, perturbado.

Estaba sentado sobre el pasto, con mi espalda recostada sobre el tronco de aquel gigantesco árbol. Su textura ya me resultaba familiar. Una melodía casi hipnótica sonaba a mi alrededor. No sé de dónde provenía. Estaba dentro de mi cabeza también.



Ya la conocía, por alguna razón. Y me di cuenta entonces de que esa melodía ya la había escuchado antes, las veces anteriores que había estado allí. Sin llegar a entender bien cómo había sido posible, no le había prestado nada más. Y la serenidad que impregnaba el aire, esa levedad, había desaparecido.

Ella estaba cerca de mí, más cerca de lo que alguna vez había estado, aunque no parecía dar cuenta de mi presencia. Sus labios se movían mientras jugaba, sentada, con su cuaderno: estaba susurrando aquella melodía. De repente, se levantó y comenzó a andar. Como preso de un sutil aturdimiento, la seguí. Pronto nos encontramos frente al lago; ella en un extremo, y yo en el otro. Iba caminando animadamente hasta cierto punto, ladeando la orilla, daba la vuelta y volvía hasta dónde había comenzado, una y otra vez, mirándose los pies, como jugando. Se detenía cada tanto, descansaba su cuerpo sobre sus rodillas y acercaba su rostro al agua para ver su reflejo. Pero cada vez que lo hacía, el agua a su alrededor ennegrecía. Pude notar que esto le provocaba disgusto, y su andar se tornaba cada vez más nervioso. Yo me senté en la orilla y bajé mis pies desnudos para remojarlos en el lago. Intenté fingir que no reparaba en su presencia.

En un momento, desapareció.

Comencé a buscarla en la oscuridad, algo alterado.

No había nadie ni nada a mi alrededor.

Finalmente, la sentí a mis espaldas. Y me di vuelta.

Tenía un rostro precioso, gruesos labios rosados y unos pequeños ojos verdes, tristes, asombrosos. Pero esas manchas eran horrorosas. Ella sostuvo mi mirada, y yo no podía apartarla aunque hubiera querido. Distintas figuras comenzaron a dibujarse borrosas y a desaparecer alborotadas en sus pómulos, en la frente, dentro de sus ojos. Las formas me inquietaban, aunque no podía comprenderlas en absoluto. Había en estas algo profundamente desconcertante.

El sobresalto me despertó a la mitad de la noche. No pude volver a cerrar los ojos, durante varios días, sin que se me aparecieran de repente aquellas imágenes.

No volví a soñar en un largo tiempo.

Seguí buscando aquel extraño lugar, con obstinación. Sin éxito, claro.

El último de los sueños, sin embargo, fue el más curioso e insólito de todos.

Lo tuve hace apenas unos días.

Ella había crecido, mucho. Era ya una muchacha grande, aunque sus ropas no habían cambiado. Llevaba su pollera floreada y la remera exactamente del mismo color, según recuerdo. No obstante, ahora la figura que marcaba era la de una mujer. Andaba

descalza y su pelo estaba aún más claro, siempre revuelto. Las manchas, todas aquellas extrañas ficciones que formaban seguían allí, en toda su piel, más vivas aún, latiendo, agitándose. Teníamos el lago a unos cuantos metros. Ella estaba sentada, en la misma posición de siempre, y tenía un bebé en sus brazos. Esta imagen me resultó perturbadora. El cuaderno estaba tirado a un costado, cerrado. Yo estaba a su lado, desnudo. El lugar se encontraba repleto de arbustos que nunca antes había visto. Estaba oscuro, más todavía que la última vez, y caía una llovizna insistente y pesada. Era difícil ver algo a la distancia. El lago estaba profundo, a causa del aguacero.

El pequeño entonces comenzó a llorar.

Ella lo meció con ternura, pero este no parecía querer calmarse y continuó su llanto. En vano, ella descubrió uno de sus pechos y trató de acercar la boca del bebé a este: no había nada adentro de ella, y lo sabía.

Yo me sentí violentamente excitado al ver esto. No podía apartar la mirada. “Te vas a ir al infierno”, pensé para mí mismo, y casi me pareció gracioso.

El bebé puso el pezón entero en su boca y comenzó a morderlo. No cabían dudas de que a ella esto le dolía, muchísimo, pero no lo rechazó. Las manchas, manchas que yo apenas si notaba ya, oscilantes, se concentraron en ese pecho. Eran todavía borrosas e intermitentes, pero tan negras como el cielo sobre nuestras cabezas. El pequeño apartó la boca del pezón, tosió y escupió sangre. Ahora no podía dejar de toser. Y después, pausadamente, también dejó de respirar.

Ella se desarmó en gemidos y llanto, con el chico aún en brazos, por un largo rato. Creo que hubiera querido hacer lo mismo, pero no pude. Todavía me encontraba paralizado, excitado por toda la situación. Se calmó un poco y, mientras seguía sollozando apenas, dejó al bebé sobre el pasto y se recostó a su lado, abrazándolo. La lluvia comenzó a caer con más fuerza hasta convertirse en una tormenta. Por momentos, el cielo resplandecía y palpitaba con algún relámpago para luego volver a una oscuridad absoluta y aciaga. Yo me acerqué a ella y me recosté también a su lado, con mi cuerpo pegado al suyo. Dibujé unas caricias sobre su brazo con mis dedos, pensando que dormía, pero se levantó con sobresalto, como si recién advirtiera mi presencia. La sujeté energicamente desde atrás y comencé a frotarle los brazos con mis manos. Traté de calmarla. Nada más quería consolarla, abrigoarla.

Me miró los brazos, las manos. Estos estaban repletos de manchas y garabatos como los que tenía ella, convulsionándose, apareciendo y desapareciendo agitados.

Yo no lograba comprender.

Se dio vuelta y sus ojos se detuvieron en los míos.

Ver ese rostro una vez más fue algo glorioso. Aquellas figuras no dejaban de alborotarse en su rostro, pero ya no me inquietaban. Y a ella no le perturbaba el mío tampoco. No eran simplemente las manchas. Se incorporó y alzó su mano izquierda hasta mi rostro; con sus dedos levantó uno de mis párpados, que tenía entumecido. Con su otra mano hundió sus dedos en mi mejilla. Y me sonrió.

Después, detuvo sus ojos en sus propios brazos y manos. No dijo una palabra, pero creo que pude intuir sus pensamientos. Por primera vez, ella había notado las manchas que afloraban y latían en su piel, en todas las partes de su cuerpo. No estaba asustada, no. Las seguía con sus dedos, como jugando. Y creo que tal vez pensó que podía lavarlas. Se levantó entonces y fue caminando hacia el lago. Se metió dentro de este hasta desaparecer por completo.

Esperé un largo rato a que volviera a salir, pero fue inútil. Lo sabía.

El bebé yacía aún a mi lado, sin vida. Me recosté en el pasto una vez más, lo abracé y me desarmé en un llanto, esperando a que la oscuridad me tragara.

Me desperté en el vagón de un tren. Era de día.

No tengo la más mínima idea de hacia dónde iba aquel tren. No quise averiguarlo tampoco. Por la ventana, pude ver un paisaje desierto que se me parecía al que ya conocía, al que hacía un rato había dejado atrás en mi sueño. Pero este tenía el suelo arenoso, devastado. Todos los árboles estaban muertos o talados y, cientos de metros hacia adentro, había una depresión en la tierra cuarteada, seca. No tenía intenciones de averiguar si estaba cerca de York o no, o dónde estaba siquiera. Tampoco tenía interés por saber adónde se dirigía aquel tren, o de nada en absoluto.

Tenía todavía dentro de mi cabeza aquella melodía que había escuchado en el otro sueño, en otra vida, antes o después. ¿Quién sabe? Me toqué el rostro, con un profundo terror a descubrir que podría haber sufrido algún tipo de parálisis facial quizás. Estaba bien. Me sonreí. Después miré por la ventana una vez más, necio e insensato, buscando aquel paisaje, aquella niña.

“No, no te hagas grandes ideas”, me dije. “No van a suceder”.

Volví a recostarme y me dormí.

“No creo que pueda hacer esto”, dijo ella.

Estaba nerviosa, y él lo sabía, pero no le prestó mucha atención. De hecho, tampoco la escuchó la segunda vez que se lo dijo: otras cuestiones lo urdían.

Esos ojitos verdes, pícaros, lo desarmaban.

“Bajá antes de que me arrepienta”, le había dicho hacía unas horas por el audífono del portero de su casa, antes de abrirle la puerta del departamento. Era gracioso, un poco; tenía que admitirlo. Pero ni siquiera eso le molestaba. Estaba contento, excitado. Le gustaba ese juego que tenían. Lo llenaba de deseo, de ansiedad; lo hacía sentir vivo, realmente vivo. Todo ese teatro. Lo exaltaba, lo cegaba. Y aunque no era algo que a él en realidad lo entretuviera, con ella era diferente: sentía que lo reinventaban a cada momento, lo resignificaban. Le gustaba cómo ella lo besaba, como si no supiera besar todavía, como si intentara poner todos los besos en uno solo, con voracidad. Le gustaba cómo lo tocaba, cómo lo recorría, con ansias y fascinación. Y cómo lo frenaba también, porque eso era parte del juego, y a él le encantaba. Cada vez que ella lo hacía, él la aprisionaba y la empujaba contra sí, la envolvía con sus brazos, le hacía sentir cada centímetro de su cuerpo, y se perdían, una vez más. El uno en el otro se perdían. A ella también le gustaba ese juego, no podía disimularlo, pero lo frenaba. Estaba mal. Y sí, él lo sabía también: estaba mal.

—Hace un par de noches tuve un sueño bastante curioso, ¿sabés? —interrumpió él, de repente, mientras ella le daba una pitada a su cigarrillo.

Era tan chica. Y tan atrevida. El mundo era suyo con todo lo que había en él, o debería serlo si así lo quisiera. Lo miró sorprendida. “¿A qué viene eso? —pensó ella—. ¿No me está escuchando?”.

Él se sonrió. Casi podía intuirlo. Y antes de que ella pudiera decir algo, él volvió a arrancar, sereno, pausado, con ese tren de pensamientos que lo apuraba.

—Ya no recuerdo mucho, la verdad, pero tengo una imagen impregnada en la memoria: había arañas, tarántulas supongo, debajo de mi cama. Eran de un tamaño imposible, más grandes que mis manos. Y algo las había alterado. Las vi salir, como nerviosas, trepar por la cama y buscar mi almohada, para esconderse ahí. Yo no estaba

---

<sup>16</sup> o consideraciones sobre los deseos, las fantasías, el miedo, el amor y algunas otras pavadas.

acostado. No sé dónde estaba realmente. Pero recuerdo, eso sí, que veía la escena como si estuviera atrapado entre las paredes. Y la verdad es que me sentía aterrado.

—¿Las mataste? —preguntó ella, olvidándose de lo que había dicho unos minutos atrás. Él la divertía, no podía negarlo. Su manera de hablar, el tono de su voz la seducían. Le resultaba inexplicable. Y solía reprochárselo, a él y a ella misma: “Sos demasiado grande para mí”, le había dicho alguna vez.

—La verdad que no me acuerdo qué hice, o si hice algo. Me desperté pensando que todavía estaban ahí, con una sensación de espanto.

Hizo una pausa mientras ella lo miraba, atenta, examinándolo. Después, ella bebió un sorbo de su botellita de vodka; él prendió un cigarrillo, apuró un trago del vino mezclado con cola en su vaso y retomó.

—Simbólicamente, el sueño es más que interesante, ¿no te parece? Yo les tengo fobia a las arañas. Según Freud, las arañas son la representación de una madre peligrosa, oralmente devoradora y castradora. Si no hubiera muerto tiempo antes de que nazca mi madre, cabría la posibilidad de que se conocieran —se sonrió, con cinismo y algo de angustia y desesperación—. Lo cierto es que lo que el sueño simboliza, como yo lo interpreto, es que siento una amenaza; es decir, la cama, de alguna forma, es la cuna, lo es así para cualquier persona: es el lugar donde nos sentimos contenidos una vez que salimos del seno materno. Hay algo que está invadiendo, apropiándose de ese lugar donde yo me siento seguro, que yo lo codifico en la figura de estos bichos. Yo pierdo ese lugar en mi sueño, estoy fuera de este. Y pierdo también todo lo que ese lugar significa: descanso, tranquilidad, sosiego. Ahora que lo pienso, incluso, es el lugar donde yo ejerzo mi sexualidad. Es decir, perdí mi sexualidad, mi deseo.

Ella no dejaba de mirarlo más que para beber. Estaba fascinada. No sabía muy bien qué decir. Estudiaba psicología, aunque había tenido que dejarlo. Leía mucho también: adoraba a Cortázar, le aburría Borges, le encantaba Pizarnik, la condesa sangrienta; hubiera querido decir que entendía a Lacan, pero no. Y le costaba un poco también seguirlo a este hombre que la miraba enamorado, aunque él no quisiera que se le note. No podía, en realidad. No se lo podía permitir. Y sus propios pensamientos fluían más rápido de lo que él podía hacer para asirlos.

—La pregunta es: ¿qué o quién son las arañas? ¿No? —volvió a decir él, reanudando esta especie de monólogo—. La psicología barata dice que las arañas traen prosperidad —y soltó una risa—; aunque dice también que las tarántulas representan un mal augurio con respecto a la salud o al placer, o una decepción muy grande ocasionada

por un ser querido —y se rió otra vez, si bien era más una mueca nerviosa que otra cosa—. En algún punto se relacionan. Pero, más allá de todo esto, hay algo más curioso todavía en torno a las fobias —hizo una pausa, tomó de su vaso y siguió dibujando círculos de humo mientras jugaba con sus manos—: se dice que los fóbicos tienen una psiquis particularmente tenaz, ya que viven tratando de conciliar lo inconciliable de la relación de su psiquis con el mundo, hasta el agotamiento, una y otra vez, incansablemente. Esta tenacidad surge de la posición en la que se sitúa a sí mismo el fóbico, frente al mundo y frente a los demás: una posición de desigualdad, de injusticia. Y así vive, haciendo malabares, para mantener un supuesto equilibrio entre su mundo interno y el mundo externo.

—El fóbico ama la vida —replicó ella, con una sonrisa, recitando—, pero teme perderse en aquello que debe aportarle satisfacción, que lo transforma en un objeto: el objeto de satisfacción; y teme, por otro lado, el rechazo de ese mismo objeto, que lo exiliaría de sí mismo. Algo así me parece que dice, ¿no?

—¿Y entonces?

—Y... ese temor lo intimida, pero su postura también es intimidatoria —arrancó ella, más suelta—. ¿Lacan dijo, no? Uno se busca a sí mismo en el otro.

Él se rió. Lo estaba disfrutando.

—Y, si no me quiero, voy a buscar alguien que no me quiera —concluyó ella.

—¡Claro! ¡Es terrible, una locura! —dijo él mientras se frotaba la nuca.

Ella lo perdía cada vez que decía algo. Le resultaba realmente maravilloso. No sabía bien si lo que más lo excitaba eran las cosas que decía u observar cómo se movían sus labios mientras hablaba. Y a ella le encantaba demostrarle que sabía, que era inteligente, que era capaz, que era muchas cosas más que un simple complejo de inferioridad. A él le encantaba escucharla y verla hablar, mirarle las manos, cómo se encendían esos ojos verdes.

—¿Quién fue el que dijo eso? Bueno, ya no me puedo acordar —argumentó él, algo divertido, pero ella ya se había levantado de su silla.

—Paso al baño —le dijo sonriendo.

En la última hora, había ido al baño tres veces. Ella le había dicho que ya no se drogaba, pero era bastante obvio que sí. Y él no era el tipo de persona a la que le gustara poner en jaque al otro, no le entretenía eso. No le importaba mucho que se drogara, aunque no sabía bien si esto se debía a que en realidad no le importaba esta chica. De

todas formas, le hubiera gustado que ella no tuviera problemas en hacerlo delante de él. De hecho, por alguna extraña razón, eso le hubiera encantado.

Suaves e invisibles, calaron como un suspiro los primeros acordes de un tema de Luis Alberto Spinetta. Esas grabaciones como pasadas por agua. A ella le gustaba mucho; a él, también. Era un tema lento, delicado y exquisito.

Cuando ella salió del baño y apareció en la sala de estar, él la tomó de la mano y la pegó a su cuerpo. “No vas a hacerme bailar este tema”, dijo ella sonriendo. Y empezaron a moverse despacio. La tomó de la cintura con una mano, y con la otra le hacía unas leves caricias en el cuello. No se acordaba cómo se llamaba la canción, ni su letra. Ni siquiera podía recordar haberla escuchado alguna vez, pero no importaba nada de eso: lo único que le importaba era sentirla a ella. Eso era lo que a él lo cautivaba. Siempre que la tenía delante de él, lo dominaba un deseo (casi una necesidad) inapelable de sentirla, de devorarla a besos, de asfixiarla de placer, de deshacer su cuerpo, centímetro a centímetro, y caer, caer él también, perderse en su piel. Sin poder contenerse más, comenzó a besarla. Lo fascinaba. Y quería más. No quería saciarse nunca de ella, aunque se le fuera la vida en eso.

La recostó en el piso mientras seguían besándose y se sentó sobre su pelvis con delicadeza. Ella recorría, con las manos, su espalda y su cabeza. “Para qué hacen eso las mujeres —se preguntaba—. ¿Realmente creen que nos excita? Tal vez lo hagan para excitarse ellas mismas”. Lentamente fue levantando su blusa hasta dejarle descubiertos los pechos, se los acarició con ternura y precisión, apenas rozándolos, y se los comenzó a besar fervoroso, con devoción hasta que ella lo detuvo: puso una mano sobre su cabeza, y lo echó hacia atrás, rechazándolo.

—No puedo hacerle esto a mi novio.

Él no sabía bien qué decir a eso. En realidad, sí sabía: podía decir muchas cosas, pero no quería ponerse a discutir, ni mucho menos tratar de convencerla de nada.

Ella estaba ahí, recostada debajo de él y él simplemente no quería ponerse a pensar qué era lo que ella quería que le dijera. Ya no podía intuirlo. “No me gusta incluir a terceros en conversaciones donde no pueden decir”, balbuceó con pesadez. “Pero está incluido inevitablemente”, dijo ella. “Sos vos la que lo está incluyendo”, la apuró: “Estás acá porque vos lo querés así”.

—No. No está bien esto —le dijo ella.

Él no sabía si sentía menos decepción que impotencia.

El juego ya había alcanzado un punto de no retorno, según lo entendía él. Un punto en el que las decisiones eran más que simples. Y necesitaba la satisfacción, el premio, la exultación, aunque fuera nada más que para después volver a empezar.

—Está bien lo que te hace sentir bien. Y esto se siente perfecto, la verdad.

—Él hizo mucho por mí. ¿Te gustaría que te lo hicieran a vos?

Él se rió. No, no le gustaría; pero se lo habían hecho, por nada.

—Te estás metiendo en un terreno pantanoso —le dijo.

—¿Por qué? —replicó ella, con los codos apoyados sobre el piso y las manos en la cintura, desafiante, con un tono provocador. Él respiró hondo y soltó un suspiro.

—Me cuesta creerles a las personas en este último tiempo. De hecho, no te creo a vos; me cuesta creer que te gusto. Por otro lado, si tuviera que adivinar, diría que te encanto, y que te cuesta tanto disimularlo; pero también pienso que te estás divirtiendo, que estás probando hasta dónde podés llegar, hasta dónde te deja tu conciencia divertirse y jugar. Y creo que acabás de encontrar el límite, por ahora, por hoy. Y no estoy seguro de que sea tu conciencia la que no te deja: tenés miedo, estás inhibida, te sentís nerviosa. No sé por qué, pero estás cohibida.

Sin moverse un centímetro, él tomó de la mesa los paquetes de cigarrillos de ambos y puso el cenicero sobre el suelo. Prendió un cigarrillo y continuó:

—Perdí un poco la fe en las personas. No existen los actos desinteresados; nadie te recompensa las buenas acciones. Nadie ve al otro ni las cosas que el otro hace por ellos, a menos que se lo echés en cara. Y eso hace justamente que cualquier acto bondadoso y desinteresado pierda su significado. ¡Es terrible! No es que yo sea un mal tipo o ya no tenga buenas intenciones; simplemente ya no creo que a alguien le importe: me estoy adaptando.

—No sos un mal tipo —le dijo ella con dulzura y algo de tristeza— ¿Realmente te creés todo lo que acabás de decir? Vos no podés ser un mal tipo.

—No me conocés —le replicó él, molesto.

—Yo me conozco a mí; observo a los demás, y yo sé que vos no sos malo.

—¿Y si te digo que preferiría violarte antes que hacerte el amor? ¿Qué dice eso de mí? Si te digo que en lo más profundo de mi ser no me importa absolutamente nada, que no creo (no me importa) que nadie sea especial, ni significativo, ni hermoso, ni bueno. Sé que tengo que tratarte mal para que me trates bien. Sé que tengo que dejar de hablarte para que me hables y después decirte algo lindo, y después no decirte nada. Y vos te acercás sola. Es muy simple y, sin embargo, es un juego que me agota



demasiado. Estoy harto de todo eso, de estas estrategias y de lo pretenciosa, obtusa y caprichosa que es la gente. ¿Qué te dice eso? ¿Vos me ves realmente a mí? No podés ni verte a vos misma siquiera; nos perdemos en el ruido, nos pasamos la vida llenando espacios en blanco con lo que sea. Y no me interesa para nada lo que pensás, si tengo que decirte la verdad. No me interesa ni siquiera lo que pienso yo.

—No te creo —contestó ella, algo asustada.

Él se rió, de repente. Se quedó pensando unos segundos, mientras se empezaba a perder de vuelta en esos ojos.

—Tranquila, me estoy divirtiendo con vos un poco. Perdón.

Ella no sabía muy bien qué decir. No dijo nada. Estaba bastante nerviosa.

Él la abrazó, la besó en la frente y la ayudó a pararse.

—Juguemos a algo, ¿querés? —le preguntó con tono pícaro.

Ella se relajó, un poco. “A ver”, respondió ella, para intentar seguirle el juego.

Él abrió sus brazos hacia los costados, empezó a jugar con el aire entre sus dedos, con la cabeza en alto, y cerró los ojos.

—Pensá que soy un muñeco —y se sonrió—. Desvestime, vestime, tocame, como quieras. Hacé lo que quieras. Ahora soy un objeto, para tu satisfacción.

Ella se rió. “A ver”, dijo. Le levantó la remera y empezó a acariciarle el torso, después los brazos. “Esos bracitos”. Le acarició el cuello.

Él bajó la cabeza y clavó su mirada en la de ella. Lo besó.

—No, no puedo. No puedo hacer esto.

Se dio vuelta y comenzó a caminar hacia una de las sillas. Él la agarró por detrás, empujó la espalda de ella contra su pecho y le empezó a besar el cuello. Ella soltó unos tibios gemidos.

—¿Podés mirarme a los ojos y decirme que no querés esto?

—No, corazón, no es así —le dijo ella mientras se ponía de cara frente a él.

Qué hubo en esas palabras, en cómo las utilizó, en el orden en que las dijo, tal vez en el tono, o en el gesto que hizo al decirlas, en la insolencia quizás, en el hecho de que ella fuera diez años más chica que él, que lo desenfocó completamente.

—Vamos —le dijo, serio.

Estaba exasperado, furioso. Sabía que era mejor no decir mucho, pero su rostro lo decía todo por él. Ella lo miraba con tristeza, arrepentimiento quizás. Él no quería saberlo, no le importaba. Bajaron por el ascensor sin decirse una palabra; le abrió la

puerta del edificio y, una vez cruzada por ella, la cerró de un golpe. Y ella estaba casi a punto de largarse a llorar, pero a él ya no le importaba nada.

Sí le importaba en realidad; no quería que le importara. Ella estaba jugando con él, no se merecía nada. Nunca había tratado a nadie de esa forma. Generalmente, siempre tenía una actitud apática ensayada para la gente que no le caía bien o a la que él no le caía bien, pero nunca antes se había puesto furioso con nadie. Y esos ojitos, pícaros, divertidos, lo volvían loco. Esos ojos habían mirado directamente en su alma sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, y dejarían su huella para siempre ahí, pasara lo que pasara. No le hubiera molestado para nada ver esos ojitos al despertarse al día siguiente. No, le habría encantado. Sentir el calor de su cuerpo desnudo. Llevarle el desayuno a la cama. Ese pelo prendido fuego, como su corazón inquieto, que encerraba una carita pálida. Esa alma llena de vida, insegura, curiosa.

Estaba perdidamente enamorado de ella, la amaba, de a ratos. Después, no esperaba nada. No se le aceleraba el pulso, su corazón no se sobresaltaba, no le hacía falta, pero lo prendía fuego por dentro nada más que verla. Y no quería cambiarla en absoluto, ni siquiera el hecho de que tuviera novio: la quería tal cual era. Era un chiste que no le hacía gracia a nadie. Todo lo que le había costado hacerse a la idea de seguir adelante con aquello; era un momento extraño en su vida, lo sabía. Pero, más que cualquier otra cosa, la atracción que sentía hacia ella era más fuerte que toda la intransigencia de cualquiera de sus principios. Era una cuestión de magnetismo o química, física, o fuerzas de cohesión, lo que fuera. La deseaba, como no había deseado nada en el mundo. La fantaseaba. Y ella lo fantaseaba a él también, podía darse cuenta. Y por eso, justamente, imaginó que no podía ser posible. Las fantasías no están hechas de la misma materia que los deseos; si no, dejarían de serlo. Las fantasías no pertenecen al mundo que tocamos, miramos y degustamos, al que vivimos sujetos, no: pertenecen a un mundo mucho más mágico, donde nacen las ideas, la locura. Algún día se reiría de esto; ella también, quizás. Tal vez ese deseo que se profesaban el uno al otro era mucho mejor como una fantasía que la realidad misma. La fantasía más hermosa que alguna vez tendría cualquiera de los dos.

Tal vez lo sabían, y en realidad no querían perderla.

Después de quedarse un rato dando vueltas por la sala de estar, sin saber bien qué hacer, pensando, salió al balcón a fumar un cigarrillo. Ella no iba a volver. Hoy no, por lo menos. En el aire sonaba una vez más la voz quebradiza de Spinetta. Miró hacia la casa de la esquina de enfrente que habitaba una pareja de ancianos.

Afuera, todos estaban en silencio.

El viejo de aquella casa se parecía mucho a él (excepto por el bastón, claro), y se arreglaba la barba del mismo modo. Su esposa era rubia y se notaba que en algún momento había sido muy hermosa. A él le gustaban las mujeres rubias y hermosas también. Pensó en Borges, en el otro. Pensó en lo gracioso que sería si ese viejo que vivía frente a su departamento fuera él dentro de unos treinta años. Cómo habría surgido esa cojera, se preguntaba. Tenía casi las mismas mañas también. Podría ser. Se preguntó qué haría dentro de esos treinta años si frente a su casa se mudara un hombre joven muy parecido a él. Se preguntó si a esa edad tendría todavía las ganas o el coraje de cruzarse y decirle al chico que no se preocupe, que tenga paciencia, que las cosas iban a salir exactamente como él las había planeado. Todo iba a resolverse, lo único que tenía que hacer era seguir siendo fiel a sí mismo y los ojos abiertos, siempre. Nunca bajar los brazos, siempre ir por más. No abusar de nada ni de nadie. Nada más que eso, ni más ni menos. “Buen consejo —pensó—. Pero creo que sería mejor descubrirlo por mi propia cuenta. Por eso el viejo este nunca me dirigió la palabra. Él sabe”. Pero entonces cuál era el plan, de todos modos. ¿Quién era aquella señora rubia? ¿Ya la había conocido, o cuánto tiempo faltaría para conocerla? ¿Sería feliz? ¿Qué recuerdo tendría de esta noche, de esta chica? La princesita de los ojos de mar, sí.

Unas semanas después, él le mandó un mensaje de texto al celular. Ella nunca lo contestó. Unos días más tarde, pasó a verlo por su trabajo y empezaron de vuelta con ese juego de deseo e histeria. Ese juego que lo hacía sentir tan gloriosamente vivo.

No volvió a soñar con arañas, hasta ahora.

Dicen algunos supersticiosos, entre los hombres más abocados a la vida del compositor, que fue uno de los primeros iniciados en lo surrealista, sin haber todavía, en su época, registros de lo que luego llamaríamos inconsciente espontáneo, o siquiera un esbozo del vasto universo de las estructuras simbólicas y la psicología analítica.

Las únicas pruebas que tenemos de la veracidad de todo este relato son algunas cartas que, durante algunos meses, se correspondieron este y su hermana, con quien mantenía una asidua comunicación. Por discreción, y tal vez por mi propio fervor hacia su efigie, no transcribiré ninguna de las mismas ya que están plagadas de obscenidades y vulgarismos. Se me ocurre, ahora que escribo, que esto solamente podría menoscabar la memoria de este hombre pequeño, como todos lo somos en más de un aspecto, su conspicuo genio y su extensa y maravillosa obra.

Durante la última etapa de su vida, la situación económica del compositor no fue feliz. Debido a distintas enfermedades que le acaecieron, se vio obligado a dejar de dar conciertos por algunos años. La ciudad de Viena, en la que residía y había sabido ser tan generosa con él en otros tiempos, comenzaba a perder interés en sus obras. En este contexto, tuvo que mudarse, con su esposa e hijos, a una modesta vivienda burguesa, de estilo gótico, en los alrededores de Alsergrund. No obstante, las deudas y responsabilidades del afamado compositor lo siguieron hasta aquel pueblito. Enfermo como estaba, se comprometió a una cantidad de trabajos que lo excedían por completo. Si bien su talento le permitió cumplir con todos los encargos, él nunca llegó a estar conforme con muchos de los resultados y, obsesivo como era, continuó corrigiéndolos aun después de haber sido efectuada la entrega.

Fue también en este período en que debió renunciar a la relación amorosa que mantenía en secreto con la criada y niñera de sus hijos. No pudiendo pagarle, el matrimonio la dejó ir. Unos días después, la joven murió en un trágico accidente, mientras viajaba hacia su nuevo trabajo. Lo único que se sabe de ella, por puño y letra del compositor, es que era una mujer capaz de un amor y una pasión tan grandes como nobles. Como si pudiera con sus dedos tocar el alma de las personas y sacarle sonidos tan hermosos que ni él mismo podría imaginar. Contradictorio y pueril como solía serlo, también decía de esta jovencita que era la mujer más fea que había visto.

---

<sup>17</sup> o pequeño ensayo esotérico sobre la sublimación.

Sumido en una profunda depresión y un constante padecimiento físico, comenzó a sufrir de insomnio y algunas alucinaciones.

Según lo que está referido en sus cartas, es en este momento en que comienza a perseguirlo una serie de imágenes en sus breves lapsos de letargo.

En realidad, la imagen es una sola, sempiterna.

Un cuadro o, mejor dicho, la ausencia de un cuadro, en una de las paredes de su estudio. Esta ausencia estaba grabada en el estuco por su podredumbre, y acentuada por el moho y la suciedad que lo recubrían. Lo hostigaba en sus sueños y también en la vigilia, apareciendo aquella mancha al levantar su cabeza de su pianoforte, para instantes después desvanecerse.

Solía despertarse repitiendo unas palabras en latín (reminiscencias de las lecciones religiosas que su padre le dio desde muy temprana edad) que durante el día no podía alejar de sus pensamientos. Como era de esperar, no tardó en darse cuenta que cada una de estas palabras hacía referencia a una nota musical: *functus-officio desideratum lato-sensu facto detritus*; de este modo, por asociación libre, comenzó a escribir una de sus sonatas para piano más recordadas. Las primeras cinco notas de la melodía principal se corresponden con estos vocablos.

Algunos atribuyen a esta composición un encanto sobrenatural. Otros fanáticos de la metafísica aseguran que, entre cada una de las notas de la melodía (la del segundo movimiento, específicamente), vibra la presencia del espíritu de aquella joven sensible y desafortunada. El recuerdo de ella, su añoranza, sería tal vez lo que atormentaba al compositor durante el tiempo en que escribió esta magnánima obra. La ausencia del cuadro sería entonces su muerte corpórea, de la cual este nunca se enteró de todas formas. La pared sería él mismo; el moho y la suciedad, por consecuencia, estarían impregnados en su ser, su cuerpo o su alma.

Lo que acosaba, inequívocamente, a este prolífero artista no era la imagen en sí, sino su actitud impasible, apática, ante esta. Según sus propios escritos, no había sensaciones de angustia, de remordimiento, de consternación, o de ningún otro tipo en su interior. En sus extraños sueños, él simplemente se quedaba observando cómo la deteriorada pared continuaba allí, sin sentido.

Esto le resultaba inconcebible, desde cualquier aspecto.

Ahora bien, dejando de lado el escepticismo, consideremos esto: el sonido es un fenómeno de ondas elásticas que se propagan a través de una transferencia de energía; nuestro cuerpo mismo es energía; nuestro ser es uno de los más fenomenales

conductores de energía. Muchos filósofos aseguran que, a través del contacto físico (el tacto, la mirada, la combustión de las almas), una parte de nuestra energía corporal y espiritual queda impregnada en el otro por no menos de siete años.

La sonata mencionada ha sido reproducida una infinidad de veces a lo largo doscientos años desde su creación, a través de las diferentes épocas que han ido transformando el mundo, y la frescura de cada una de sus notas y silencios sigue intacta. La desolación, la ternura y el horror siguen vivos allí. Esa simpleza con la que logra expresar una infinidad de sentimientos complejos, oscuros, enmarañados en un universo de sonidos tan luminoso, travieso, de una forma casi infantil, sigue cautivándonos, aquella belleza, cada vez que estos invaden todos nuestros sentidos.

Esto es sabido: todos la hemos escuchado.

Cada una de esas veces, también, al tiempo que la oscuridad se va abriendo paso en la casa y usted va apagando todas las luces y artefactos, dispuesto a retraerse a un apropiado reposo, no puede evitar tener la sensación de estar siendo observado, de que hay algo o alguien detrás de sus espaldas, con sus ojos posados en usted. Y no quiere voltear, pero recorre con la mirada las paredes, buscando una cicatriz mohosa sobre alguna de estas. Tiene cierta seguridad de que no hay nadie detrás de usted, así como una cierta seguridad de que algo espeluznante lo acecha. La sensación persiste. Por supuesto, usted no se va a voltear. Pero eso no quiere decir que no esté allí, esa energía, esa podredumbre. No se preocupe. No sentirá ni verá nada. Ya está dentro de usted. La sugestión propia, dicen, es la mejor de las ilusiones.

El automatismo que inspiró esta obra y permitió que convergieran tanto su deseo como el devenir ajeno a este, propone una idea surrealista de su creación. A través de su inconsciente (concepto desconocido para el compositor), logró la representación de esa realidad y sus diferentes alteraciones como un todo en la que cada uno de los elementos individuales están estrictamente relacionados. Sin embargo, lo más curioso no sea eso quizás. Probablemente, lo más destacable sea que todo este relato nos conduce a una reflexión de lo más trivial, con respecto a lo subjetiva que es nuestra percepción de las cosas y de la estética misma, ya que una de las obras más perfectas, acabadas, bellas y majestuosas que existen en el extraordinario mundo de las composiciones musicales está, consciente o inconscientemente, dedicada a una de las mujeres más grotescas, fieras que hayan existido, por decir algo amable.

## LAS MÚSICAS ATROCES<sup>18</sup>

Mi nombre es Antonio Tozza. Heredé este nombre de mi abuela, a quien nunca conocí. Ella provenía de una familia de coleccionistas de arte de mucha influencia en las clases altas, por sus refinadas y excéntricas preferencias estéticas, siempre a la vanguardia. A lo largo de varias generaciones, toda variedad de artistas se han sabido mostrar muy agradecidos y generosos con ellos por sus favores. Mi madre, Josefa, murió a los 71 años de edad, mientras que mi padre logró sobrevivirle por un tiempo más y perdurar para acompañarme hasta mi madurez. La familia de mi padre se dedicó siempre al comercio. Por lo tanto, se podría decir que era una persona práctica, hábil y resuelta. Gracias a esto, pudo conquistar a mi madre. Ella era una criatura extremadamente sensible e introvertida; aunque no por eso una mujer débil de carácter o espíritu exánime, sino todo lo contrario. La historia de mi ascendencia se encuentra plagada de muertes trágicas, absurdas y misteriosas.

Hasta hace unos años, me encontraba felizmente casado con Elizabeth, ahora mi difunta esposa. A mí también, desafortunadamente, me tocó padecer esta herencia de mis mayores. Antes de morir ella, vivíamos en una propiedad que perteneció a mi familia, en Campania, Nápoles, cerca de los campos Flégreos. Esta es una zona alejada y tranquila, con salida al mar, que se encuentra rodeada de volcanes ya inactivos desde hace muchos años. Durante toda mi vida, me desempeñé en las actividades comerciales, continuando el legado de mis antecesores, aunque me he visto obligado a abandonarlo. Me siento agotado. Estoy viejo e inválido, he vivido demasiado, y no tengo a quién legarle toda mi experiencia y empresas. Mi esposa, desde un principio, se dedicó a las tareas domésticas y a la crianza de nuestras dos hermosas hijas, mientras que en sus ratos libres atesoraba y llevaba un formidable archivo de distintas rarezas artísticas sin valor, anónimas e inclasificables, solo por afición. Este detalle siempre me resultó enternecedor y me remontaba a mi ya olvidada infancia, rodeado de objetos fascinantes e incomprensibles a esa edad. Podría decirse que tenía muchas cosas en común con mi madre tanto en su forma de ser como en sus pasiones.

Al día de hoy, debo lamentar también la muerte de Victoria, una de nuestras hijas, la más pequeña. Lucy y yo vivimos ahora en la ciudad, lejos de aquellos campos. Claro está, ella no tiene el más mínimo interés en el comercio o la navegación. Ha

---

<sup>18</sup> o qué si el horror nace dentro de uno mismo.

heredado mucho de su madre. Se dedica al estudio de la filosofía y las letras en la universidad de Nápoles. Es una mujer muy inteligente y animosa, con mucho brío pese a todo lo que hemos pasado. Por mi parte, intento descansar y pasar lo que me queda de esta vida sin padecimientos ni sorpresas, estar en paz y dejar atrás un pasado signado por la desgracia. Mi invalidez no me permite hacer otra cosa más que recapitular, una y otra vez, los mismos hechos. A eso he sido reducido. Lucy, por suerte, era muy chica para recordar nada de lo sucedido. Al menos confío en que así sea.

Durante la prolongada agonía de mi esposa, me vi forzado a delegar todas mis responsabilidades para quedarme junto a ella, asistirle y cuidar de nuestras hijas. En el momento en que cayó enferma, yo me encontraba en uno de mis viajes. Por lo tanto, las circunstancias o razones de su afección nunca me fueron completamente claras. Me fue contado que una mañana como cualquier otra, como casi todas, había salido a dar un paseo hacia el lago, para encontrar ahí su suerte. Fue golpeada y violada ahí mismo por algo innombrable, abandonada desnuda; moretones y heridas en todo su cuerpo. Así la encontraron nuestros sirvientes y el ama de llaves unos días después. Ella no podía siquiera moverse. Los temblores y espasmos la dominaban. No quedaban fuerzas en su espíritu; se desvanecía en llantos. Debieron sujetarla y arrastrarla hasta la casa. Las heridas que le habían sido provocadas estaban infectadas y ella ya no tenía medios para luchar contra lo inevitable. La angustia que sentía al verla en ese estado de abatimiento y detrimento era algo inconmensurable. Las constantes náuseas, las llagas por todo su cuerpo y su rostro, el deterioro de sus huesos, la piel mellada. Los intensos gritos de dolor. Sus ataques de ira. Los vómitos.

Permanecí a su lado a cada momento. Los médicos, de todas partes del mundo, iban y venían para prescribir no más que su ignorancia sobre pestes de las que nadie sabía demasiado y se podía especular mucho todavía. Su cuerpo estaba prácticamente deshecho. Su espíritu había sido quebrado. Su mente, ida. Y aun así ella resistía. Gasté gran parte de mi fortuna buscando una forma de aliviar su sufrimiento.

Nunca lo conseguí.

Por las noches, cuando ella lograba conciliar un poco el sueño, o simplemente se desmayaba, agotada por el padecimiento, me sentaba en el balcón de nuestra habitación a fumar un cigarro. Es curioso cómo uno recuerda esas pequeñas cosas, cómo uno recuerda también a la persona amada. Lo que más extrañaba, y aun hoy extraño de ella, es el modo en que me demostraba su afecto, su amor, el cariño, su respeto. Su



compañía: me imagino que eso es lo verdaderamente único que puede darle una persona a otra, lo único que cuenta. Lo demás pierde importancia.

Todo eventualmente pierde importancia. Se diluye.

Por momentos, ella intentaba balbucear unas palabras. Una y otra vez, se desvanecía súbitamente, por el desgaste y el malestar que le suscitaba su enfermedad. Así y todo, no se rendía: era una mujer obstinada. Me costaba mucho trabajo entender lo que quería decirme. Hubo una noche, la última, en que estaba más exaltada que de costumbre. Escupía pus a cada palabra, a cada espasmo. Me incliné sobre ella y acerqué mi rostro al suyo, arrimé mi oído a su boca, lo más que pude, teniendo cuidado de no fatigarla o asustarla. Los médicos me habían advertido seriamente que no mantuviera contacto alguno con ella; incluso, me aconsejaron no permanecer en la misma habitación. Pero qué podían saber si ni siquiera podían decirme con precisión qué era lo que la estaba comiendo viva. Y allí estábamos entonces. Finalmente entendí lo que quería decirme: “Encontré algo, estaba olvidado... es hermoso”. Eso fue todo. Su mirada era extraña, tierna y desahuciada al mismo tiempo. Como si supiera que ése era el final para ella, me regaló ese último suspiro de vida que le quedaba con el más intenso y noble amor. No pude más que llorar. Después, sus ojos se vaciaron. Los cerré con mis manos y nunca más los volvió a abrir. Me acosté a su lado y la abracé hasta quedarme dormido. Me sentía desesperadamente angustiado.

Después de su muerte, yo no hacía más que pasar el día sentado en el piso de nuestra habitación, al pie del balcón, en silencio, fumando, pensando. No hacía caso a nada ni nadie. Perder a la persona que uno ama, de un momento a otro, repentinamente, sin entender por qué o cómo o cuál, es el miedo más irrefutable, poderoso y genuino que pueda existir. Me encontraba consumido por la tristeza y el desasosiego. Solía acercarme al lago donde había ocurrido el incidente para encontrarme nada más que con una sensación de horror espantosa. El aire me olía a podredumbre, sudor y óxido. Sus restos fueron velados en nuestra casa.

Se dijo que su corazón explotó dentro de su cuerpo.

No concurrieron demasiadas personas. La familia de ella y la mía no solían relacionarse. Se evitaban y se comportaban como eremitas los unos con los otros. Había siempre una sensación de extraña familiaridad o simplemente extraña entre ellos. Nunca me hubiera imaginado el porqué de todo esto. Yo me sentía incapaz ya de comprender nada de lo que pasaba a mi alrededor.

Durante el velatorio, ocurrió una serie de eventos tan absurdos como curiosos, que cambiaron mi suerte para siempre.

El padre de Elizabeth se me acercó, me abrazó y me dijo, casi suspirando: “Hay un *carrillon* en el sótano de la casa, guardado bajo llave. Debió haberlo abierto. No dejes que nadie de tu familia se acerque a este nunca. No lo toques. Simplemente vuelve a guardarlo lejos del alcance de cualquiera de ustedes”. Me quedé paralizado, mirándolo fijamente, esperando que dijera algo más, pero no lo hizo. Lo aparté de mí y lo tomé de los brazos, enfurecido. Él sostuvo mi mirada sin mover un músculo, desafiante. Lo solté. Después, con una displicencia irritante, comenzó a retirarse. No sabía de qué me hablaba. Mi mujer, su hija, reposaba dentro de un ataúd a pocos metros de distancia y lo único de lo que se le ocurría hablar era de cajas musicales. Le grité que no entendía. Sin detenerse y apenas mirándome de reojo, me contestó que no tenía que entenderlo, nada más tenía que hacer lo que me decía. En un ataque de ira e impotencia, me precipité sobre él y lo sacudí violentamente. Forcejamos unos instantes hasta que, con nada más empujarme, me dejó tendido en el piso. Desde allí, comencé a escuchar unos sonidos que descendían por las escaleras desde nuestro dormitorio. Después, todos se alborotaron de repente. La música que sonaba, cada vez más fuerte y estruendosa, me ensordecía maravillosamente. No podía contener las lágrimas. Finalmente, otros ruidos me distrajerón. Voces murmurando, pasos vertiginosos. Me levanté del piso. Todos se estaban retirando. No estaban asustados, sino simplemente exaltados, arrebatados. Tal vez un poco asustados; si lo pienso, aterrorizados realmente. Me apresuré hasta la puerta de entrada, pero fue inútil. Ya todos habían desaparecido por el camino que se adentraba por el bosque y que conducía a la ciudad. Me quedé solo.

Noté que el cielo había ennegrecido. No había rastro de una sola nube ni del sol; el cielo estaba completamente oscuro. El aire se tornó denso todo alrededor, todo, apestaba como el lago. Cientos de pájaros prorrumpieron espontáneamente de entre los árboles, del cielo, de algún lugar, chocando unos con otros, contra los árboles mismos o contra la casa. Algunos caían muertos sobre la tierra. Los sonidos que provenían del interior de nuestro hogar comenzaron a herirme los oídos. Esa música horrible, desquiciadamente cautivante. Una composición en extremo compleja. Una cantidad indefinible de melodías sonando todas al mismo tiempo, caóticas, que no dejaban de sonar armoniosas. Resultaba ser una atrocidad irresistible.

Supuse lo peor. Y así fue. Corrí hasta mi habitación y ahí estaba. Nuestra pequeña sentada frente al *carrillon*, suspendida, escuchando su música, con unas gotas

de sangre saliendo de sus oídos y sus fosas nasales. Me precipité sobre la caja, la tomé y la arrojé por el balcón. Se despedazó sobre la tierra del jardín.

La música se detuvo. De hecho, todo sonido se detuvo. No había más pájaros, ni ventisca soplando entre los árboles, brisa de mar o grillos. Absoluto silencio. Vicky comenzó a llorar y a gritar. No entendía lo que había hecho o por qué, yo tampoco en realidad. La abracé e intenté consolarla, pero no podía calmarse. Comenzó a temblar y a convulsionarse. Pronto me di cuenta de que había perdido el control de sí misma, así como le ocurrió a mi esposa. Me desesperé. No sabía qué hacer. La llevé a su cuarto y la até de pies y manos a su cama, intenté calmarla; le puse un paño frío en la cabeza y en su estómago. Estaba volando de fiebre. Finalmente, se desmayó. Lucy, parada en la puerta del dormitorio, miraba a su hermana y a mí sin entender, lloraba también, me pedía explicaciones, tenía miedo. Yo no podía salir de mi consternación, la impotencia. La arrastré de los brazos hasta mi habitación y la encerré ahí.

Un hedor de miles de años se impregnó en todo mi cuerpo. Me temblaban los huesos. Afuera algunos árboles comenzaron a caer de raíz. Los pájaros se agolpaban contra las puertas y ventanas. Los volcanes, a lo lejos, comenzaron a hacer erupciones de aire caliente. Cerré todos los accesos. Cegué todas las ventanas. Sellé todas las puertas, trabándolas con todos los muebles y bártulos que encontraba a mi paso. Encendí todas las luces, velas y candelabros que había en la casa. Después, me senté a esperar, sin saber qué. Entre toda la locura, había olvidado que el ataúd de mi esposa seguía ahí. Me detuve a pensar en ella un instante y me puse a rezar. Nunca fui una persona supersticiosa (aunque provengo de una familia con una larga tradición católica), pero, por alguna razón, eso fue lo único que logró serenarme.

Después de lo que pudieron haber sido horas o minutos, sentí la presencia de algo, alguien, en toda la casa, rondándome. Las velas y luces una a una se fueron apagando, todo en silencio. El hedor seguía ahí, en las paredes, el piso, sobre mi cuerpo. El tiempo pareció suspenderse. Había algo deambulando por el salón, los pasillos, las habitaciones, con severidad, pero agitado, ansioso. Podía sentir su aliento en mi cuello, aunque no había nadie ahí realmente. Su mirada hundida en mi alma, aunque tampoco había ojos. Las uñas de sus garras incrustadas en mi carne, aunque no había manos ni cuerpo. No podía moverme. Mis huesos parecían estar hechos de cemento; mi sangre, de plomo. Lo sentía dentro de mi cabeza, entre mis pensamientos, hurgando. No hablaba pero yo comprendía. Supliqué que nos dejara en paz. Ya era demasiado tarde. Yo estaba empapado de sudor. Sabía lo que vendría y no podía

evitarlo. Tomó forma. No lo vi pero lo supe. Pude olerlo, sentirlo. Escuché sus pasos, alejándose de mí, subiendo la escalera, firme, paciente, con el tedio y la porfía de todos los siglos, sacudiendo el aire y el piso.

Victoria se despertó. Desde su habitación, comenzaron a descender los gritos, los lamentos. Resistió con todas sus fuerzas, pero ya era inevitable.

Mi estómago, mi pecho, estaban revueltos. Nada que hacer.

Los gritos se extinguieron. La dejó muerta.

Finalmente me desmayé.

Al despertar, me encontraba tendido en la tierra cuarteada de lo que había sido nuestro jardín, sobre los pedazos rotos de ese condenado *carrillon*. No quedaban rastros de nada. Todos los árboles muertos, derribados, todos cadáveres con las raíces putrefactas a nuestro alrededor. Llovía mucho. Lucy yacía a mi lado, con una mano cruzada sobre mi pecho. Estaba inconsciente, pero respiraba todavía. Temblaba del frío. El olor a madera quemada, humedecida. Acaricé su cabeza y acerqué su cuerpo al mío, sin despertarla. Nuestra casa ya no existía, junto con los restos de mi esposa y de la pequeña Victoria: todo consumido por el fuego.

Ella no recuerda nada. Tiene un espíritu tan fuerte y luminoso como el de su madre. Yo estoy postrado en una silla, sin alma; la perdí sin saber que la tenía. Intenté suicidarme varias veces, pero simplemente no me deja morir.

Conté esta historia a distintas personas en quienes mi confianza descansaba. Todas me tomaron por loco; ni una sola me creyó. Todas murieron también, víctimas de extraños y curiosos accidentes, unas semanas o meses después de haber escuchado todo esto que hoy pongo en papel, sin saber qué va pasarme a mí o a quien lo lea, si es que acaso alguna vez alguien lo hace.

Lucy seguirá su vida normal hasta que un día cualquiera muera de alguna forma espantosa y extraña, así como los hijos de los hijos de sus hijos. Y eso quiere que yo sea testigo. Esa es mi penitencia por haber destrozado aquel espantoso artefacto. Esa es la herencia de mi familia: una caja de música creada por uno de los mejores compositores que ha conocido este mundo, un ser huraño y desagradable, intratable, el mismo día que el diablo atravesó con su cola sus sordos oídos.

Soy descendiente de él, así como Elizabeth lo era también. Nadie quería que esa abominación se propagara más allá de nuestro linaje; la blasfemia debía permanecer entre nosotros, hasta que no quedara ninguno. Por esta razón es que decidieron casarse unos con otros y así sucesivamente. Mi esposa era también mi prima hermana, hoy lo

sé. Nadie supo nunca lo que había pasado en aquel lago donde ella fue encontrada, pero hoy lleva por nombre Averno. Una ironía del destino quizás. Tal vez, realmente sean esas aguas el acceso al bajo mundo. No quisiera yo averiguarlo.

Los volcanes cesaron su actividad hace tiempo. Yo practico mi sonrisa cada día al despertarme, por Lucy. Y espero. Hasta que se canse de mí.

En un condado al oeste de Polonia, llamado Gryfino, existe un bosque de lo más curioso. Este bosque tiene alrededor de cuatrocientos pinos, que fueron plantados hacia la década del treinta de mil novecientos; en cada uno de ellos, sin excepción, se observa una curvatura de noventa grados en su base. Nadie sabe la razón de este misterioso espectáculo. Algunos dicen que este detalle le agrega una suerte de gracia femenina al aspecto de por sí fálico de estos árboles. Dicen también que es obra del hombre, de los alemanes, durante los comienzos del nazismo. Estos les habrían dado esta forma a los pinos con el fin de utilizarlos para un diseño específico de muebles, que había ordenado el servicio secreto, aparentemente destinados a la tortura. En el tiempo en el que estuve de aquel lado del río Oder, solía sentarme tardes enteras simplemente a contemplarlos, mientras dejaba fluir mis pensamientos y preocupaciones. Siempre me gustó pensarlos como una obra de la naturaleza. Tenía la teoría de que esta danza curvilínea conformaba una perfecta metáfora de la condición humana. Desde la raíz, estos pinos, a causa tal vez de su propia evolución o crecimiento o de la adaptación a su medio, o tal vez por capricho, manifestaban una deformidad ineludible: no eran normales. Y aunque luego intentaron imitar la apariencia de sus semejantes y armonizar con estos más allá de su condición o de su suerte, esto era inútil. No había forma ya de que volvieran a su eje, así como el ser humano jamás logrará volver a conectarse con lo más íntimo y primitivo de su ser. Su relación con la naturaleza no podrá ser armónica nunca jamás; este debe dominarla, destruirla o rendirse a su voluntad. La naturaleza, sabia, nos lo está echando en cara, se ríe de ello, con esta alegoría, tan bella, elegante y prodigiosa como perturbadora: el bosque de los árboles torcidos. No sé qué pensarán ustedes pero, a diferencia de lo que solía sucederme con casi todos los seres humanos que he conocido, me resultaba deliciosamente maravilloso quedarme durante horas y horas nada más observando aquella majestuosa deformidad.

---

<sup>19</sup> o una teoría sobre la naturaleza humana, o por qué mi psicóloga me detesta.

Retrocedamos un poco, mejor. Hace algunos años fui becado para realizar una exhaustiva investigación sobre la vida y obra de Florian Znaniecki, un importante filósofo y sociólogo polaco, discípulo de Durkheim. Fue así que el 31 de diciembre de 1997 debí abandonar Buenos Aires, mi ciudad natal, ciudad de la cual nunca antes había salido. Mi destino era Poznan, Polonia. Allí se encontraba la universidad Adam Mickiewicz, en donde este hombre, más de setenta años atrás, había fundado y presidido el departamento de sociología. Uno de los grandes aportes de Znaniecki a la sociología fue la idea del llamado coeficiente humanístico. Con este concepto estipulaba que los hechos sociales pueden ser entendidos solamente a través de la perspectiva de los actores sociales que los crean; descartó los métodos de análisis estadísticos y entendió esta ciencia no como una materia que observa desde un lugar objetivo las conductas y la cultura, sino como una materia que debe simpatizar con el mundo del sujeto que está analizando, comprenderlo. A menudo solía reflexionar mucho sobre todo este tipo de cuestiones y tratar de buscarles un sentido práctico. Tendría tiempo ya para pensarlo. Solo, en una ciudad extranjera, lo que me sobraría era tiempo. En alguna clase de lingüística, alguna vez me dijeron que ponerse en el lugar del otro es la única forma de comunicación posible. Suena coherente. Pero la gente se esfuerza muy poco. Y creo que, en estos términos, con nuestra encarnada humanidad a cuestas, no nos interesa ya siquiera comprender al otro, tampoco ser comprendido uno mismo realmente. Lo único que nos preguntamos es: “¿Qué tiene el otro que sirva a nuestro fin?”. El resto lo descartamos. Luego, todos empiezan a actuar como lunáticos frente a los demás. Y, digo, no es que realmente estemos todos locos; simplemente no podemos entender las razones de por qué el otro hace lo que hace.

Arribé a aquella antigua ciudad polaca la madrugada de un año nuevo de 1998, con dieciocho grados bajo cero. Enero es el mes más frío del año por esos lugares. El pasaje lo tenía que pagar yo y, para la fecha en que viajé, como nadie la elige, los costos suelen ser bastante bajos. No había mucho que me atara del otro lado del océano. Salvo mis padres, nadie que extrañaría demasiado. A pesar del frío atroz y una repentina melancolía que me tomó por sorpresa, tenía una sensación de extremo júbilo al salir del aeropuerto. El cansancio y la expectativa pueden provocar cosas maravillosas dentro de uno. Todo era nuevo allí, y las posibilidades eran realmente infinitas. Llegar a un lugar desconocido, recorrerlo, descubrirlo es un momento glorioso para mí pero, en esas

circunstancias, probablemente me perdería de ir a pie. Y ni mi inglés ni mi polaco eran muy buenos. Me tomé entonces un taxi desde el aeropuerto hasta el hotel donde me hospedaría, que quedaba a una cuadra de la plaza o mercado principal de la ciudad y a unas nueve o diez cuadras de la universidad. Las veredas y los techos de las casas estaban cubiertos de nieve y las calles resplandecían de luces doradas como si estuviera pasando por debajo de un gran e interminable puente hecho de oro. El hotel, a pesar de su aspecto clásico y austero, estaba equipado con todo. Era hermoso, solemne. El cuarto tenía dos habitaciones, cada una con una cama de dos plazas, una gran sala de estar, un baño, cocina propia y amplios ventanales. Serviría. Dejé mi equipaje en la sala y lo que quedaba de la noche lo pasé sentado a la mesa que había preparada cerca de uno de los ventanales, con una cerveza artesanal de cortesía, una botella de vodka y todo tipo de sobrecitos de té en un hermoso estuche. Al lado de las bebidas, había una bandeja con lo que después conocí con el nombre de ogórek. Estos eran pepinos fermentados, y les encantan. Particularmente, decidí dejarlos para otro momento. Me acerqué un momento al ventanal, miré al cielo y luego me volví a sentar. Tengo la costumbre de no permitirme nunca dejar de mirar al cielo de vez en cuando. Me serví la cerveza, prendí un cigarrillo y me quedé observando el paisaje. El empedrado de la peatonal de la plaza estaba desierto. Se escuchaban nada más algunas voces y algún que otro auto que pasaba cada tanto por alguna avenida, a lo lejos. La arquitectura de las calles es muy parecida a la de Buenos Aires. La ciudad tiene un estilo vetusto y renacentista (como debe suceder con muchas ciudades europeas), y está repleta de parques y plazas. Casi todas las construcciones son casas bajas de no más de dos pisos, todas pintadas de los más variados colores. Aquella vista, frente a mis ojos, resultaba simplemente majestuosa. No sentía yo, en ese momento, que quisiera estar en otro lugar más que en ese. Allí pertenecía ahora, y eso era algo bueno.

La historia de este condado es realmente interesante. Fue en ese suelo precisamente donde nació el estado polaco hace más de diez siglos. Sus edificios, catedrales, monumentos y palacios fueron castigados varias veces a lo largo de la historia por las diferentes invasiones que sufrió el país, varias disoluciones de su estado y posteriores restituciones. En el mercado central, donde yo me encontraba, está el Ayuntamiento de la ciudad. En la torre del medio, está el reloj de la plaza, en el que pueden observarse las figuras de dos cabritos enfrentados y, cuando el reloj marca las doce, comienzan a cornearse. No es algo que se vea todos los días excepto, claro, para sus habitantes. Me resultaba gracioso. Dicen que el día de la cena inaugural del famoso



reloj, hacia el siglo XVI, aquellos dos cabritos, que iban a ser servidos como cena, se escaparon de la cocina y empezaron a cornearse en el techo del ayuntamiento. Esta escena le resultó muy graciosa al alcalde y ordenó a su maestro arquitecto que la inmortalizara ahí mismo, sobre el reloj que este también había construido. Deduje entonces que los polacos deben tener muy buen sentido del humor. Otra construcción curiosa de la ciudad es su catedral principal, la primera construida en el estado y varias veces destruida. La catedral está ubicada en una isla, rodeada por el río Oder, llamada Ostrów Tumski, que significa “Isla de la catedral”. Allí se pueden encontrar las construcciones más antiguas de la ciudad y unas hermosas y pintorescas riberas, en donde solía pasar yo los fines de semana. Recuerdo ahora un poema, o unas palabras en realidad –una imagen simplemente, para ser sincero–, del poeta clásico que da nombre a la universidad a la que asistía, Adam Mickiewicz. Estas palabras hacían referencia al oleaje del mar, describiéndolo como una metáfora de la pasión humana. Lo efímero, la levedad de nuestros sentimientos y de nuestra carne, así como la ligereza de la espuma de las olas, invade, conquista el barro, la existencia, por un instante, lo empapa, para luego retirarse, dejando su rastro en el tiempo, en canciones, poemas, historias, caricias, gestos, en las memorias y en los cuerpos. Durante ese tiempo, tenía siempre un libro de él entre mis manos. Dicen que, si uno se propone comprender un idioma extranjero, el mejor ejercicio es leer su poesía; si uno logra entender la retórica de un idioma ajeno, el resto es una tontería. Por mi parte, nunca entendí mucho del idioma ni de su poesía. Aquel poema, sin embargo, era muy lindo.

### 3

Estando en Ostrów, un día de esos, conocí una chica. Por alguna razón, aquel día, me obligué a ir; en un principio no tenía pensado hacerlo. Decidí romper con mi natural inclinación al confinamiento y a la postergación de mis impulsos. Una fuerza más allá de mí me había empujado, pensé un tiempo después. Para conocerla a ella. Bueno, ya saben, ese tipo de cosas. La religión nos enseña a creer en el destino; el capitalismo, en el azar. Y la psicología, en las elecciones. ¿Quién puede estar seguro de qué? Y, como se imaginarán, no es extraño que me haya enamorado de ella. Mis vínculos eran casi nulos desde que había llegado: el recepcionista del hotel, el director de la facultad y algún que otro compañero de estudio. Pero ahí estaba ella entonces. Se acercó a mí para ayudarme a hacerme entender con el camarero del hotel. Ella hablaba

polaco muy bien; yo lo entendía menos de lo que lograba imitarlo fonéticamente. Desde muy chica, ella vivía en ese país, pero en realidad había nacido en Inglaterra. Tenía el pelo lacio, muy lacio, y castaño; no era muy alta, pero sí delgada. Las manos chicas y pequeñas. Recuerdo cómo solía quedarme observando, fascinado, la forma extraña que tenía de tomar los objetos con esas manos. La sensualidad que fluía en el aire con cada uno de sus movimientos era embriagante, aunque esto probablemente estuviera nada más que en mi cabeza. Si debo ser más objetivo, tenía una sonrisa que, lejos de ser perfecta, era encantadora. Y unos ojos azules maravillosos. Y esas pequeñas marcas que se formaban alrededor de estos cuando sonreía: esto me parecía un detalle delicioso en ella. Me maravillaba en todos los aspectos.

El resto de aquel día lo pasamos juntos. Yo le conté, como pude, lo que había venido a hacer y ella me contó que estudiaba economía y, en sus ratos libres, se anotaba en diferentes talleres de teatro y poesía. De repente, me sorprendió a mí mismo mi propia elocuencia y la facilidad con la que era gracioso y encantador en un idioma que apenas manejaba. Su nombre era Johanna, pero le gustaba que simplemente la llamara Anna. Me dijo que esto era porque aquel era un nombre tan común en Inglaterra como en Polonia. Le di la dirección de mi hotel y ella después me dio su dirección en Gryfino, a ciento y algo de kilómetros de la ciudad en donde yo me hospedaba. El fin de semana siguiente, volvimos a encontrarnos en la isla y, desde ese momento, no pasaban más de dos o tres días sin que nos viéramos. Ella se sentía bastante solitaria también, a pesar de ser una persona muy vital y sociable. Muchas cosas habían estado cambiando en su vida últimamente y ya no sabía cómo reaccionar frente a algunas situaciones. Se sentía muy vulnerable por momentos y desconcertada. Nuestra relación se tornó muy íntima en muy poco tiempo. Ella encontró un confesor, quizás, o alguna especie de figura protectora, paternal por decirlo de alguna forma. Yo no me resistí, de todas formas, a dejar de intentar, en cuanto la situación me lo permitiera, acercarme a ella desde otro lugar. Pero ella me rechazaba con tanta elegancia y soltura que no podía más que resultarme admirable. Nuestra relación, por supuesto, nunca dejó de ser amistosa y apenas si existía alguna tímida y vaga familiaridad física; nunca supe bien si esta sensación de soledad que ella sentía era, en un sentido romántico, algo bueno para mí o más bien una alerta. Pero estaba perdidamente enamorado de esta chica y, cualquier mínimo gesto o mueca que ella articulara u ocultara, yo solía sobrevalorarlos. Generalmente, claro, en un sentido trágico.

Ella vivía en un departamento en el piso cuatro de un complejo estudiantil, con un compañero de la facultad. Como podrán adivinar, este sujeto no me caía nada bien. Más allá de las razones obvias (aunque no para mí ciertamente), me resultaba molesto. Hablaba mucho y era muy inquieto, nervioso. Me ponía nervioso a mí, nada más que verlo. Johanna me decía que a ella tampoco le caía bien aunque, a decir verdad, desconfiaba de eso. Solía imaginármelos teniendo sexo en todos los rincones de su departamento. No podía yo poseerla o corromper aquella inocencia con la que la pensaba a ella ni siquiera en mis fantasías. Era en todos los sentidos frustrante, pero soportaba estos delirios en el más digno silencio.

Y era aquello justamente lo que adoraba de ella. No necesitábamos hablar de sexo. Todo lo que hacía, su forma de caminar, la forma en que se sentaba, su actitud, sus gestos, todo estaba cargado de una sensualidad que no hacía falta poner en palabras. Y yo le respondía con gestos tiernos, algo desesperadamente lujuriosos quizás, juzgarían algunas personas. Ella no los rechazaba, no. Jamás lo hizo. Pero tampoco buscaba más que eso: esa caricia sensible y animal. Era algo mágico. Toda esa energía estaba ahí, flotando en el aire que nos rodeaba; una energía sexual avasallante, natural. Lo bello se encuentra en aquello que sabemos adivinarlo, dicen. Pero se dicen tantas cosas. No tardé, de todas formas, contra todos mis deseos, en comenzar a tener sueños eróticos, un poco escalofriantes por momentos, con Johanna.

#### 4

Era muy extraño lo que me ocurría cuando tenía estos sueños. Podría decir que se parecían a alguna especie de trance, si creyera en esas cosas. Tal vez ustedes sí. No pretendo juzgar este tipo de creencias ya que, en principio, no soy experto en el tema. Durante esos trances, en los que casi podría asegurar que la sentía a ella en carne viva, había una electricidad recorriéndome todo el cuerpo que me provocaba lesiones. Me picaban las extremidades, me ardía el pecho. Y me rascaba hasta lastimarme, intentando calmar la comezón. Sentía su piel, su pelo, sus labios, la transpiración de su cuerpo, la penetración. Sentía las descargas revolverme el estómago. Y me despertaba finalmente. Y tenía la seguridad, la certeza en mis entrañas de que había alguien más en mi cuarto, observándome. Pero debo admitir, sin embargo, que nunca abrí los ojos en esas ocasiones, por temor a confirmar mis sospechas. Me quedaba inmóvil, desvelado y

nervioso, terriblemente nervioso, con el rostro enterrado en la almohada, por horas y horas y horas hasta que el sueño me vencía.

A veces, todo acababa ahí. Otras, no. Hubo algunas escasas noches en que me despertaba de una forma mucho más violenta. Aquellas veces, mientras dormía, crecía dentro de mí la sensación de que había algo debajo de mi cama, una presencia extraña y siniestra, no deseada, como una de esas fantasías infantiles. Esto, fuera lo que fuera, comenzaba entonces a desplazarse por el piso y por toda la cama, la espuma, a enredarse entre los resortes, penetrando la tela lentamente como si transformara y descompusiera la materia a su paso. Después, atravesaba mi carne, mis huesos, y se movía entre mis entrañas. Subía por el intestino hasta llegar a mis pulmones. Momentos más tarde, se expulsaba por mi boca como un vómito negro y espeso. Me despertaba, con un grito ahogado en mi garganta, desesperado, y con la sensación (esta vez ineludible) de que había alguien más en mi cuarto. La oscuridad, por suerte, no me dejaba adivinar forma alguna. Pero ahí estaba, lo sabía. Y eso esperaba a que me durmiera para volver a meterse dentro de mí. Esa cosa me estaba desdoblado, rasgando mi espíritu lentamente, y yo no podía evitarlo.

## 5

El tiempo pasó. No voy a aburrirlos con detalles de una investigación que dilaté tanto solamente para llegar a una conclusión obvia y que desde el primer momento supe: era un callejón sin salida. Nos volvimos con Johanna tan cercanos como si nos conociéramos desde muy chicos. Este tipo de relación, aunque me dejaba fuera de alcance de cualquier acercamiento sexual, no podía rechazarla: necesitaba tenerla cerca. Algunos fines de semana, en vez de encontrarnos en la playa, yo alquilaba un auto y me acercaba a Gryfino. Fue ella quien me enseñó aquel bosque, el de los árboles torcidos. También le resultaba algo maravilloso, aunque no estoy seguro de que fuera por las mismas razones que las mías. Solía decirme que le recordaban a mí: alto, algo encorvado, callado y solemne. Yo me reía siempre que ella mencionaba esto, pero no me gustaba para nada aquella comparación.

Cerca de agosto, recibí una carta en la que se me explicaba que el departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires había aprobado mi solicitud, con todos los gastos pagos, para seguir mi investigación en el distrito alemán de Uckermark; más precisamente, en uno de los municipios de Mescherin, apenas cruzando la frontera con

Polonia. Claro, yo había hecho esta petición antes de conocerla a ella. Se imaginarán mi frustración. Ahora no tenía el más mínimo entusiasmo de dejar aquel lugar, así como tampoco de continuar mi investigación. Dilaté mi partida lo más que pude, aunque ya no me podía permitir seguir mintiéndoles.

Una semana antes de irme, Anna me invitó a una fiesta que daba la universidad donde ella estudiaba. La fiesta se celebraba unos días antes de que saliera mi avión, de modo que estaba seguro de que esa sería la noche en que le confesaría todas mis ilusiones, mis sueños y mis fantasías a ella, y por fin caería rendida a mis pies, frenéticamente, ansiosa por desnudar todas mis emociones, mi sexo. Lo sé. Así de estúpido e ingenuo era. No lo digan en voz alta. Para mi sorpresa, todo se desarrolló de la forma bizarra, extraña y poco feliz.

Entonces, allí estaba yo. El lugar estaba bien, debo admitirlo. La música sonaba estimulante, la banda que estaba sobre el escenario se lucía y la barra era libre. Adonde fuera que mirase, todos se reían, bebían, discutían; todos estaban pasando el mejor momento de sus vidas. Era casi como sentirse encerrado en una secuencia de una publicidad, que se repetía una y otra vez. Esas cosas a mí no me entretienen en absoluto. Y si tengo que decirles la verdad, me resultan desagradables, grotescas. Cuando uno deja de hacer todas las estupideces que suele hacer todo ser humano (emborracharse, decir incoherencias, reírse porque sí, hacer cualquier cosa porque sí, exponerse a los demás, discutir, querer tener la razón, enojarse, emocionarse, decirle a otra persona que la quiere, que la ama, rogar, llorar, desarmarse y todo un montón de otras cosas), eventualmente, deja de sentirse humano. Parece una tontería, pero no lo es. Y uno puede pensar que eso lo ubica a sí mismo en un plano superior, que eso le da el privilegio de observar desde otro punto, desde cierta distancia, a los demás, a sus actos, sus consecuencias, a la interacción entre unos y otros, e identificar con eficacia miedos, ansiedades, deseos, lo que esconden esos deseos y otros procesos mentales hasta de uno mismo. Pero no. Eso nada más dice que uno está muerto por dentro. Nada más. Ya ha dejado de existir para el resto del mundo. Y todos, todos lo saben, se dan cuenta, excepto uno mismo. Ella, por otro lado, tenía una habilidad social asombrosa. Y ahí estaba también: Anna. Con su trago de vodka bien cargado, charlando, riéndose. Me resultaba maravillosa la forma en que podía quedarse hablando durante horas y horas con la primera persona que se le cruzara, fuera quien fuera. Aunque después confesara que le caía mal. A veces, solía envidiar eso.

Ella estaba sentada en una mesa, rodeada de algunos amigos. Por suerte, su compañero de cuarto no se encontraba entre ellos. Me acerqué, la saludé y luego saludé al resto. Eran antiguos compañeros suyos de Inglaterra. Eran amables, divertidos, aunque hablaban demasiado fuerte para mi gusto. Tenían sus agudezas y un sarcasmo encantador, pero no eran muy inteligentes. Y hay una diferencia. La astucia le permite a uno sacar ventaja de ciertas situaciones, abrirse camino a través de cualquier obstáculo, mientras que la inteligencia permite comprender aquello que está frente a uno, ponerse por encima y adueñarse de eso. La astucia oculta, miente. Se basa en la habilidad de hacerle creer al otro que algo es de cierta forma, para su propio beneficio. Por otro lado, la inteligencia no necesita demostrar nada.

Ella intentó integrarme al grupo y yo respondí decentemente, con el mínimo esfuerzo posible. Yo le hablaba solamente a Anna, pero ella dirigía luego la conversación hacia algún otro para que todos participaran. Noté que le interesaba especialmente lo que sea que tuviera para decir uno de los tres hombres que había en el grupo. Un amigo de los dueños del lugar, me enteré después. Lo miraba y lo tocaba de la forma en que yo siempre quise que lo hiciera conmigo y, en ese momento, lo entendí como una provocación hacia mí. Ya saben, no había entendido nada. Me aburrí un poco de todo ese circo, me disculpé y fui a dar algunas vueltas alrededor del lugar. Cuando volví a la mesa donde estaban, nada más había dos de sus amigos. Ella se había ido y el fulano también, con los demás. Me senté y pedí un vodka. Decidí intentar una vez más comportarme como una persona normal y hablar y reírme de las estupideces de las que hablan y se ríen las personas normales. La chica y el chico, que eran pareja, parecían simpáticos pero se divertían con comentarios y alusiones a cosas que nada más ellos entendían, y no dejaban de manosearse y frotarse. Esto me desagradaba terriblemente. Resistí dos vodkas más y después tuve que disculparme para ir al baño: necesitaba vomitar. Pasé por la pista de baile, abriéndome paso entre toda esa gente fuera de sí misma. No me molestó. Es decir, si estuviera en una situación parecida a la de estas personas, probablemente me importaría poco y nada lo que pasara a mi alrededor. Estaba bien. Y por alguna razón, me acordé entonces de una vez en la que estaba en una plaza de Buenos Aires, escuchando una zamba y viendo a algunas parejas bailar. Había dos viejos, entre las demás parejas, que daban un espectáculo hermoso, tierno. Era maravilloso verlos bailar. Se notaba que sus buenos días habían pasado ya y, aunque tenían un aspecto cuidado, ambos estaban gordos y deteriorados. Pero su baile era cautivante. Había una energía que fluía a su alrededor, en sus movimientos, una

complicidad que solamente ellos conocían. Ella bailaba bastante bien, le gustaba hacerse ver. La música, el ritmo, la pasión asomaban en su piel, en sus gestos. Él no podía más que dar algunos pasos entrecortados cada tanto, muy bien marcados de todas formas. Después la esperaba, quieto, paciente, la observaba, hasta que ella bailara hacia él. Y ella siempre lo hacía. Y cuando ella llegaba, él sacaba el pecho, la tomaba y bailaba alrededor de ella. Era hermoso. Casi como si pudieran verse sin mirarse, sentirse sin tocarse. Y se me ocurre que debe haber algo de eso en las relaciones. Mis ansiedades, mi sumisión, mi vanidad o la total ausencia de esta, todo mi derrape emocional, o lo que sea que fuera, nunca me permitieron averiguarlo. Pero tal vez el movimiento natural, por decirlo de alguna forma, entre un hombre y una mujer, tenga que algo que ver con todo eso. Uno tiene que dejar que ella baile, esperarla, buscar el encuentro y, cuando se acerque, demostrarle que no hay otro lugar para ella más que ese. Y volver a dejarla ir, esperar. Ella volverá.

## 6

Cuando finalmente entré al baño, no podrían siquiera imaginarse la escena con la que me encontré. Johanna estaba sentada arriba de los lavabos, con su espalda contra un gigantesco espejo que cubría toda la pared y con las piernas abiertas, abrazando el cuerpo del fulano este. Desnuda de la cintura para abajo, las tiras de su musculosa por debajo de los codos y su vestido arremangado hasta la cintura. Todo un espectáculo estaban dando. El espejo temblaba mientras el tipo la mordía y la frotaba. La chica que siempre quiso tenerme cerca pero nunca tocarme estaba ahí, gimiendo y dejándose abusar por un tipo que apenas conocía. Todo era tan obsceno. Vomité ahí mismo, en el piso del baño, y caí de rodillas, mientras el vómito se entrecortaba por un gimoteo patético. Ella me vio, soltó al fulano aquel, se acomodó un poco la ropa e intentó hacerme poner de pie. Con la poca fuerza de voluntad que me quedaba, la empujé. Casi diría que le di un golpe, tanto que ella cayó al piso también. Entonces el fulano se me acercó, me sujetó del brazo y comenzó a amenazarme. En ese momento, me desdoblé. Aquello que me acechaba por las noches y me corroía las entrañas, se apoderó de mí de repente. Le di un golpe tan fuerte al fulano que cayó desmayado, y después otro más y otro, hasta que la vi a Johanna, agazapada en un rincón, paralizada por el miedo, llorando y mirándome fijamente. Hasta el día de hoy no puedo estar seguro de si lo maté o no. No me interesa, a decir verdad. Y me fui.

Desde esa parte en adelante, el resto de la noche se volvió algo confusa y extraña para mí, excepto por algunos vagos detalles. Recuerdo haber salido. Nevaba. Eso me sentó bien, me calmó un poco. Casi diría que me alegró. No sé hacia dónde me dirigía. Me encontré en el camino con un conejo blanco que tenía malherida una de sus patas traseras. Me saqué el abrigo y lo atrapé. Intenté templarlo y acariciarlo para mitigar su dolor; lo arrullé como si fuera un bebé. Seguí caminando, sin saber todavía hacia dónde iba. Recuerdo también haberme encontrado con el compañero de cuarto de Johanna. Tal vez ella lo había llamado para que la pasara a buscar, después de todo lo sucedido. Me ponía nervioso nada más que escucharlo hablar, sus gestos, la forma en que movía sus manos todo el tiempo. Apenas si pude fingir que no me habían dado ganas de vomitar una vez más. Hablaba tanto. Se puso a contarme un sueño que había tenido, un sueño en el que aparecía yo. En este, íbamos caminando por la calle, él y yo, como cualquier día; pero en un momento las calles comenzaban a empinarse, cada vez más, hasta el punto en que terminamos caminando verticalmente. Los edificios se nos venían encima y las calles comenzaban a cerrarse. Ya no había arriba ni abajo. De repente, detuvimos nuestra mirada en el balcón de un edificio, donde se encontraba un joven, apoyados los brazos sobre el barandal, fumando despreocupado, mirando la nada misma. Detrás de él, dentro de su departamento, una figura extraña y siniestra, negra como la ausencia de todo, se agitaba en el aire mutando de formas constantemente, y lo aguardaba. El pobre tipo no tenía ni idea, seguía fumando. Y nosotros no podíamos hacer nada. Eso era todo. Tal vez le hice algún comentario que no recuerdo y no sé si continuamos hablando por mucho tiempo, pero yo me estaba helando.

Al día siguiente, desperté en la habitación de mi hotel. El conejo descansaba a mi lado, vivo pero malherido. Había una mancha de sangre entre las sábanas que podía ser tanto mía como de este. Una vez levantado, con una resaca espantosa, decidí curarlo y (sin decir nada en el hotel, claro) comprarle una jaula. Pasaron unos días hasta antes de que tuviera que partir y no supe nada de ella. Tampoco tenía ganas de hacerlo. Pero, durante ese tiempo, me encariñé con aquel animalito. Y, por alguna razón que todavía no entiendo y que me deja confinado a un terror hacía mí mismo imposible de manejar, se me ocurrió que sería divertido, habiendo sido yo quien lo salvó y le curó su pata trasera, ver cómo hubiera hecho para arreglárselas sin esa bendita pata. Y sin más, se la corté y lo liberé de la jaula. Quería saber cómo hubiera hecho para sobrevivir. Después le corté la otra y, más tarde, las dos que le restaban. Cautericé sus heridas, para que todavía pudiera seguir vivo. Hundido en un sufrimiento que nunca había conocido ni



tampoco podría expresar, pero vivo. No tenía estas más posibilidades que comer, engordar y esperar morir. Finalmente, me apiadé de aquella pobre criatura y le corté la cabeza. Envolví sus partes en una bolsa de basura y las arrojé por el incinerador. Un día después estaría partiendo hacia Alemania.

7

El recuerdo de aquel año en Polonia se fue desdibujando hasta desaparecer, así como el de Johanna también. Intenté concentrarme en mi investigación, darle un rumbo y justificar mi estancia en esa hermosa tierra. Uckermark es un distrito bastante bucólico. Está repleto de bosques y lagunas, grandes construcciones antiguas y casas bajas. Es un pueblito donde no hay mucho más que tierra y polvo, mucho polvo. Yo me hospedaba en un viejo caserón que mis benefactores le alquilaban a una familia que durante generaciones había vivido en ese mismo lugar. Me volví más ermitaño. Tenía una extraña y constante sensación de paranoia. Veía moscas por todos lados, sobre mis hombros, entre mis manos. Y claro, esto me llevó a adquirir costumbres de aseo algo inusuales, obsesivas. Me lavaba tan seguido las manos, el cuerpo, y con tanto fervor, que llegué a provocarme heridas en la piel. Vivía al borde de una crisis nerviosa. Ya saben, los problemas más grandes son aquellos que nunca se materializan. Pero, de todas formas, pude llevar a cabo mi investigación y con excelentes resultados. Mi trabajo parecía tener buena aceptación en el ambiente intelectual aunque, debo admitirlo, esto me tenía sin cuidado alguno.

Un día, me encontré por el camino de asfalto que llevaba a mi caserón con uno de sus amigos. No sé cómo hizo para reconocermelo, si apenas nos habíamos visto aquella vez en la fiesta. Incluso yo no me percaté de quién era él hasta unos minutos después de haber estado hablándole. No era una mala persona ni un pesado, ni nada por el estilo; simplemente no tenía yo ningún tipo de interés en sostener ese encuentro. Sin embargo, me alegró verlo. Y me encontraba entusiasmado, incluso excitado, por el hecho de que iba a tener alguna noticia de ella. Cuando le pregunté, se mostró sorprendido; la pregunta lo desconcertó. Me dijo que había muerto. ¡Dios! Fue espantoso, se imaginarán, tener que enterarme de esa forma. Una horrible angustia me cerró el pecho. Si bien yo había dejado de pensar en ella hacía bastante tiempo, la estimaba, la quería todavía. Tal vez ese es el problema de dejar de vivir en el mundo real. Uno va soltando a las personas, a los lugares, las cosas, a los recuerdos mismos de

todo eso y, cuando vuelven, lo golpean a uno de una forma peligrosa, inquietante. Fue esa una noticia profundamente perturbadora.

—¿No sabes? —me dijo en su afectado inglés británico—. La encontraron unos días después de la fiesta, en su departamento. Todo el lugar era una carnicería, un espanto. Johanna estaba completamente descuartizada; lo que quedaba de ella, todo estaba dentro de la heladera, prolijamente acomodado. ¡Un horror! —No pudo evitar quebrarse mientras lo contaba. Sus ojos estaban llenos de espanto—. Su compañero, ¿te acordás?, estaba desparramado en el piso del comedor, descomponiéndose. Parecía como si le hubieran arrancado la lengua y destrozado las muñecas. Su mano izquierda se la arrancaron por completo. Tal vez se lo hizo él mismo, después de descuartizarla a Anna. ¡Horrendo! Tener que ir a reconocer los cadáveres, o lo que quedaba de estos. ¡Qué horror! No, esas cosas no se olvidan.

Yo intenté actuar sorprendido, con asombro o consternación, pero no pude. Le hice un gesto con mis labios mientras movía hacia los costados la cabeza. “¡Qué locura!”, le dije, y cambié de tema. Pasaron unos minutos y yo tenía sueño, y mucho para leer y escribir. Me despedí entonces e, inconscientemente, le dije que le mandara saludos a Anna. Al darme cuenta de la estupidez que había dicho, le pedí disculpas y me reí. Él me miró extrañado. Empecé a caminar y de repente me detuve a mirar el cielo. Hacía tiempo que me había olvidado de mirar el cielo. Una semana después de todo esto, vino la policía polaca a golpear a mi puerta. Habían pedido mi extradición. El cumplimiento de las leyes por los derechos de los animales en Polonia debe ser bastante riguroso. Algo extremo, me arriesgaría a decir. Todavía no logro entenderlo. Mi familia, aunque no quiere siquiera hablarme, ha gastado una cantidad de dinero ridícula en abogados. Hasta el momento, todo ha sido inútil. Después de varias apelaciones, he perdido todas las esperanzas de salir en libertad. La justicia se mostró inquebrantable en su decisión. Debo cumplir cadena perpetua.

Y todo, todo por un puto conejo.

## DEVENIR<sup>20</sup>

descanso, entreacto, me siento al piano, las cuerdas, son mis nervios; interludio, intermedio, mezzo, medio, vivo, medio muerto, los dedos caen, pesados sobre el piano; un poco más, un par de canciones, un par, de sensaciones, desencontradas; me empapa, el sudor, el cansancio, estoy agitado, y gordo, no tengo voz: no saben no, la histeria, los deja sordos; no saben no, nadie sabe, dios, madre, madre, te, extraño, gladys, nena; me viste, hice todo, como me lo dijiste, siempre: sentarme, pararme, la cabeza en alto, ser un buen chico, cantar, hacer plata, más plata, para qué; y esta canción, vos, amabas esta canción, desearía que estuvieras escuchando, acá, a mi lado, todavía, nada más; nunca salió mejor, solamente yo, estos dedos, el piano, mi voz quebrada, mi alma, mi cuerpo, mi sexo, todo enfocado hacia vos, donde sea que estés, que me mires, nada más; y no, no puedo engañarte, es perfecto, totalmente expuesto, no hay errores, ni excusas; tanto tiempo, pasó, tanto daño, nos hicimos, para qué, dios, para qué, nunca renunciar, a nada, más plata, mi cara, en los billetes, van a poner mi cara en los billetes, cuando muera, qué otra cosa querría, qué otra valdría, matarían, me cortarían en pedazos; te extraño tanto, extraño, pensar en nada, horas cortas, noches tranquilas, nada, nada de luces, ni maquillaje, ni efectos, ni negocios raros; billetes, mi cara ahí, miles de ellos, sería bueno: ya no podrían olvidarse, nunca más no, se los comerían, y después qué; duele, no saben no, subir al escenario, las pastillas, el sudor, el cansancio, duele, duele tanto; quiero llorar, realmente, quiero llorar, demasiadas pastillas, más de las que cualquiera podría aguantar; duele, duele, más de lo que cualquiera podría aguantar, duele tanto; mi amor, me traicionaste, me abandonaste, querida, priscilla, te ansío, tanto; no sé dónde, me perdí, cuándo, me perdí simplemente; el orgullo, la vanidad, ruido, mucho ruido, mentiras, verdades a medias, nada, nada puede ocultarse, durante mucho tiempo; pero hice todo, como lo pediste, como me lo contaron, como quisieron, y nunca, nunca fue suficiente; mentiras, sonreír, nada más, verse bien, dejar la vida, en un momento, en una imagen, vivir, como una imagen, inmolarse, perder el tiempo, la vida, en deseos ajenos: ser un buen hijo, un buen esposo, amigo, amante, como se pueda, como sea; no se puede no, satisfacer a todo el mundo, al mismo tiempo, todo el tiempo, no es real, ruido, y más ruido; silencio, quiero, necesito, dormir, y las cuentas, siguen creciendo, el maquillaje, las pastillas, qué hacer; entretener, no sé hacer, otra cosa, mi vida, como un espectáculo,

---

<sup>20</sup> o palabras desencadenadas, o lo último que pensó Elvis mientras cantaba la canción que acabaría siendo la última canción que iba a cantar en su vida (sin saber esto, claro).

siempre, pidiendo, perdón, permiso, gracias; y yo qué, donde está, ese gesto, esa caricia que esperé, toda mi vida, unas palabras dulces, una sonrisa, desinteresada; ruido, mucho ruido, muchas pastillas, morfina, calmantes, duele tanto, y qué hacer; ojala, supiera, ojala estuvieras, acá; un poco más, estribillo, quiebro, el río, desemboca, en el mar, suspira, esperame: voy a casa, sí, voy a casa, dios, te extraño, estar dentro tuyo, hacerte mía, vivir dentro, de ese corazón, tuyo, encerrame ahí, amor, no vuelvas a dejarme ir, mi amor, querida; el tiempo, pasa lento, duele, me dolés, en lo más profundo, de mi existencia, tenerte, a mi lado, abrazarte, con toda la fuerza que queda en mis brazos, mi alma, mi corazón, mi sexo; me cortarían en pedazos, por este sexo, sentirse deseadas, todas, quieren eso, soy fácil, y qué hacer, qué soy, quién soy; la banda entra, ahí, el coro, las chicas, hermosas, todo hermoso, emotivo, ojala, la vida fuera eso, y no saben no; ruido, tanto ruido, toda la voluntad, de mi sexo, todo, solamente para vos: no tiene sentido, otra cosa, tenerte, a mi lado; me gustaría, saber qué decir, me gustaría, nunca, fueron mías, las palabras, nunca dije nada no, ruido, dudas, ansiedad, no más que eso: todo prestado; emociones, deseos, pasiones, nada, fue real, excepto vos, mi amor, en mi vida; deberías estar acá, no sabés mujer, no sabés; palabras, palabras, ruido, me comen vivo, subirse al escenario, cortarme en pedazos, sonreír, cantar, coger, trabajar; y qué estás haciendo esta noche, con quién, quién te abraza, quién te coge, me mata, nada más pensarlo; me dolés, en la existencia, me traicionaste, si nada más, nada más: te necesito, necesito tu amor, dios, apurate; últimos compases, golpeo las teclas, grito, ese do, ese puto do, la voz, a punto de quebrarse, fácil, todo sale perfecto, simplemente perfecto, todavía lo tengo, lo tengo todo; quiero llorar, realmente, me duele el cuerpo, necesito, dormir, una vida entera; última canción, vos amabas esta canción, todavía la amás, me amás; y ellos quieren más, quieren, mi sudor, mi piel, mis ojos, mi ropa, los anillos, se los comerían; estoy empapado, no necesito, nada de esto, nada necesito, adiós; y no sabés mujer no, no sabés, querida; ojala, estuvieras acá: no harían falta, las palabras.

## EL VIEJO<sup>21</sup>

Estaba sentado en su escritorio de trabajo, al fondo del local, ocupado —como de costumbre— en algún pedazo de chatarra al que tal vez pudiera encontrarle algún uso o fin que solamente él sabría valorar. El lugar era grande, amplio; no tenía muchas divisiones. Frente a la puerta que daba a la calle, a unos metros, estaba el mostrador en donde se atendía a la clientela. Detrás de este, había un cuarto pequeño que funcionaba como cocina y, al lado, el baño. A un costado de esta primera parte, se extendía un largo y ancho pasillo que llevaba al escritorio, su mesa de trabajo, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Ya era pasada la medianoche. Una pequeña, débil luz parpadeaba sobre sus manos marchitas; todo el resto del local estaba a oscuras.

Sería una noche inusual, de todas formas.

Alguien llamó desde la puerta del frente, y el viejo levantó la vista sobresaltado; aunque no podía distinguirse una figura precisa entre tanta oscuridad, la silueta esfumada tras la puerta le era familiar. “¿Quién podría querer arreglar un reloj o una cocina eléctrica o una radio a estas horas de la noche?”, pensó. Un despertador quizás, si acaso se tratara de una verdadera emergencia, algo impostergable. Pero él no creía ya en ese tipo de supersticiones. Tomó el bastón que tenía a un costado de su silla y, cojeando un poco del lado izquierdo, se acercó a la puerta con un júbilo algo bastante mesurado para recibir a esa visita inesperada.

—¡Buenas, mi amigo! ¿Cómo dice que le anda?

Al viejo se le encendieron los ojos y estrechó briosamente la mano del hombre. Aunque le sentaba bien pasar horas y horas en soledad, a media luz, trabajando en cosas inútiles, la visita de su amigo era más que bienvenida, oportuna:

—No me quejo, no me quejo. Pero ¿qué te trae por acá a estas horas?

El otro se sonrió mientras le sostenía la mirada.

—No podía dormir, como de costumbre. Todavía no me enteré que estoy grande para trasnochar de esta forma. Pero vos no cambiás más, Diego, querido. Pasé por tu casa y me dijo Clara que todavía estabas acá en el taller.

—Sí, pobre Clara. Tan buena que es, y yo cada vez que puedo la dejo sola.

—Sí. Pobre Clara —replicó Ariadno.

---

<sup>21</sup> o no mires en el espejo la cara que no sabrás reconocer.

El viejo no quería reflexionar más de lo necesario en eso, ya no. No con él. De modo que le hizo a su amigo un ademán para que pase y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y las clases de piano?

—No, Diego —dijo el otro, con un gesto de fastidio y pesar en su negativa—. Ya estoy grande para eso, che. Es una lástima...

—Tengo algo que contarte, ¿sabés? Es una de esas curiosidades de las que a vos te encanta hablar y debatir —dijo Diego con excitación, rompiendo con la melancolía que de repente había espesado el aire— ¿Querés algo para tomar mientras?

—Lo mismo de siempre, mi estimado.

—Muy bien. Sentate nomás. En un rato, estoy.

El viejo se alejó, aquejado un poco por el cojeo, y se dirigió hacia el pequeño cuarto del taller que estaba detrás del mostrador. El cuarto contaba con una pileta, una pequeña cocina, una heladera portátil y una mesada algo improvisada. Ariadno caminó despacio hacia el fondo del local, el único rincón donde había algo de luz, tomó asiento y se puso a examinar las cosas que había sobre el escritorio. Además del artefacto en el que minutos atrás había estado trabajando su amigo, había unos manuscritos que llamaron su atención. Los tomó y comenzó a hojearlos con detenimiento y curiosidad. Mientras tanto, Diego seguía en ese cuartito destinado a los quehaceres cotidianos del taller, preparando las bebidas. Como todo lo que hacía, esto era algo científico, metódico para él. Las medidas precisas de cada elemento, en el orden debido, según sus parámetros. Lo disfrutaba mucho.

Después de unos minutos, se reunió con su amigo en el escritorio.

—Listo. Acá tenés —dijo Diego, haciendo malabares con su cojera, los dos vasos y el bastón. Ariadno tomó el suyo rápidamente, dándose cuenta tarde de la dificultad del pobre y deteriorado viejo.

—Esto es más que interesante, ¿sabés?

Diego vio los manuscritos suspendidos entre las manos de su amigo y se sonrió, entre dientes, con algo de pesar.

—Ah, no, no era esto de lo que quería hablarte.

—¿Y de qué se trata esto? —replicó Ariadno, divertido, agitando los papeles.

—Es que esos escritos no me pertenecen.

—¿A quién entonces? —preguntó.

—A una chica que conocí hace mucho tiempo. Los dejó en mi casa el último día que la vi, hace mucho mucho tiempo. Quería ver si podía reenviárselos, corregidos.

Estuve pensando bastante en ella últimamente, ya me conocés. La verdad es que ni siquiera sé si todavía vive: imaginate la cantidad de tiempo que pasó. Pero, bueno, me dedico a eso, a corregir, ¿no? Al menos, solía. A transcribir lo que otros piensan. Tal vez, después de todo, sepa apreciar el detalle —dijo el viejo, sonriéndose, mientras se acomodaba en la silla con esfuerzo y un leve lamento.

—¿Hace cuánto fue esto?

—Cuando éramos jóvenes —se rió—. Más jóvenes que ahora, sin dudas.

—¿Te acordás su nombre?

—Si mal no recuerdo, era Victoria.

—¡Sí! Victoria. —Ariadno se llevó una mano a la cabeza y comenzó a rascarla, jugando. Se quedó en silencio por unos instantes. Diego se quedó sorprendido, expectante— ¿Sabés? Yo recuerdo estos escritos. De hecho, también estoy comenzando a recordarla a ella también.

—¿La conociste? —preguntó el viejo.

—Sí. Antes de que vos lo hicieras, tengo que suponer.

—¿Por qué? —inquirió este, algo molesto e incómodo con el giro que había tomado la conversación, aunque incapaz de disimular la curiosidad, los celos— De todas formas, no era de esto de lo que te quería hablar, sinceramente. Pero, decime entonces: ¿cómo la conociste vos?

—Fue hace mucho tiempo, la verdad. Vos sabés...

—Sí, lo sé. Probablemente vos tampoco tengas ganas de hablar de esto: era una chica complicada —Ambos se sonrieron. “¿Y quién no lo es?”, pensaron los dos—. Pero ahora que veo esto, creo que la protagonista de uno de los escritos se parece mucho a cómo era ella: el de los sueños progresivos. La chiquita con el cuaderno de notas. ¿No te parece? Es decir, llegué a la conclusión de que, en ese cuaderno, la chiquita iba anotando los momentos en que los grandes sucesos de su vida deberían ir aconteciendo, como una agenda. El problema es que la vida es algo impredecible y las cosas que nos pasan no dependen solamente de nosotros. Digo, en gran parte sí lo hacen; pero hay una gran cantidad de otros factores que apenas si podemos contemplar. Por eso la chiquita lo miraba tan desconcertada, a aquel cuaderno: este se borraba y se escribía solo a cada momento. Ella siempre estaba tratando de esquematizar todo, su vida, sus proyectos, poniendo plazos y fechas. Y ahora me empiezo a preguntar, después de tanto tiempo: cuándo habrá sido que se le hizo pedazos ese cuaderno. A Victoria, claro. Qué instancia aterradora y gloriosa al mismo tiempo, ¿no?

Ariadno sonreía mientras recordaba; Diego no decía nada. Algunas emociones y recuerdos se revolviéron en su pecho y lo sobrecogieron, pero logró controlarse.

—Seguramente la conociste mejor que yo —dijo este, dándole el primer sorbo a su bebida—. No entiendo cómo pudiste sacar esa conclusión en tan poco tiempo.

Ariadno lo imitó, dando un trago largo, callando.

Entre la oscuridad que llenaba los espacios, el aire se había entrecortado. Al viejo le costaba disimular su desconcierto y su amigo se daba cuenta de todo esto, pero no tenía intención alguna de contentarlo:

—Esta pieza en la que estás trabajando parece el corazón de un autómeta.

—No lo es, ciertamente —dijo el viejo, esbozando una sonrisa fingida, tímida, intentado salir de la angustia y la melancolía una vez más.

—Hace poco escuché una historia de lo más curiosa relacionada a algo así.

—Ah, ¿sí? —comentó Diego con poco interés. Pero antes de que tuviera posibilidad de cambiar de tema, el otro ya estaba comenzando su relato:

—En el siglo XVIII, un ingeniero, un genio científico, un fanático (un artista en realidad, para hacerle justicia), cuyo nombre no viene a colación, algo loco y oscuro, construyó un autómeta. Esta máquina, que no era más que pedazos de metal soldados y cables, imitaba a la perfección la figura, los movimientos y los gestos de un ser humano. Por supuesto que no tenía voluntad, alma si querés. Seguía siendo un pedazo de chatarra, técnicamente. Este carecía de la facultad de sentir o emocionarse; aun contando con un corazón fuerte y saludable, como lo es esta pieza que tenemos acá frente a nosotros.

—Un corazón en sentido figurado, claro —agregó Diego, un poco más relajado, dejándose llevar por el efecto de su bebida y por la historia que su amigo estaba desarrollando de a poco, con un talento que siempre había envidiado.

—Seguro, no hace falta aclarar —contestó Ariadno, con una sonrisa, y prosiguió—. Las emociones, los sentimientos no tienen nada que ver con el corazón, con el músculo en sí mismo: están relacionados a la psiquis, a las redes neuronales. Por más inteligente que sea un mecanismo artificial, no podría acercarse siquiera a la complejidad que representa nuestro cerebro. De todas formas, no se trata simplemente de eso. Este autómeta tenía una facultad extraordinaria que nadie nunca quiso o pudo explicarse: hablaba. Y no era solamente eso, no. Esas palabras eran sabias, acertadas. La gente que sabía de su existencia, pagaba a su dueño para ir y hablar con nuestro amigo,



le pedía consejos, le hacía preguntas sobre lo que le deparaba la vida, el destino, como quieras llamarle. Y ¿sabés qué es lo realmente curioso de todo esto?

—¿Qué? —preguntó Diego divertido, algo intrigado.

—Siempre daba la respuesta correcta. No se equivocaba. Nunca.

Ariadno hizo una pausa antes de volver a hablar. Diego aguardó sin decir nada, expectante. Sabía cómo era su amigo: todavía faltaba más.

—¡Daba consejos! Sabios, buenos consejos. ¡Imaginate! ¡Una máquina, unos pedazos de metal unidos por cables, un ser sin alma ni capacidad emocional, intelectual o intuitiva, aconsejando a unos pobres seres humanos desesperados!

—Me cuesta un poco creer todo eso —dijo el viejo, dándole un trago largo a su bebida e inclinándose hacia adelante sobre el escritorio—. ¿De dónde lo sacaste?

—Sí, es extraño, lo sé. Pero es verdad. Sin embargo —retomó Ariadno, haciendo otra pausa—, supongamos que hubiera algún truco.

—Eso sería un poco más lógico quizás.

—Pero no lo es —replicó Ariadno sonriente—. De todas formas, supongámoslo. Quisiera saber qué dice tu razonamiento lógico a todo esto, ¿te parece?

Diego asintió y se reclinó sobre su asiento nuevamente:

—Probame.

Ariadno se rió y le dijo:

—¿Tenés idea de por qué las personas iban a hablarle, a este autómeta?

—¿Por qué? —increpó el viejo, sin intención de hacerle notar que ya lo había mencionado hacía unos minutos, dándole el gusto a su amigo para que se explayara sobre esas asombrosas e inevitables curiosidades de la vida que le fascinaban.

—¡Porque siempre daba la respuesta correcta! —gritó Ariadno con un suspiro triunfal mientras se echaba hacia atrás en su asiento con las manos en alto, como si estuviera sosteniendo a una criatura, con una enorme sonrisa en la cara.

Diego se quedó mirándolo, esperando. Luego, Ariadno retomó:

—Suponiendo que hubiera algún truco, ¿cierto? ¿Cómo es posible que siempre tuviera la respuesta correcta? Siempre. Para cada persona. ¿Cómo puede predecirse eso? ¿Cómo puede ser que no haya fallado aunque sea una sola vez?

—Realmente no sabría decirte —dijo el viejo con menos interés en descubrir la respuesta que en escuchar de la boca de su amigo algún discurso encantador, mágico.

—Sin embargo, hay una respuesta lógica atrás de todo esto. Después de mucho tiempo, llegué a verla. Es tan simple, Diego, tan hermoso todo esto.

—Decime entonces.

El viejo tomó otro trago largo, tratando de fingir que todavía lo divertía.

—En cada pregunta que hacemos, todos, cualquiera de nosotros, ya tenemos una gran parte de la respuesta ahí mismo, en la misma pregunta. Fijate en esto. No es lo mismo preguntar: ¿Dios existe?, que preguntar: ¿Dios no existe? No es lo mismo preguntarnos: ¿Será verdad tal cosa?, que preguntarnos: ¿Será mentira tal cosa? ¿Te das cuenta? Uno no busca la verdad en las preguntas que se hace, sino que busca un convencimiento, una confirmación de algo que ya intuye o ya da por verdadero, pero no tiene el valor de aceptarlo. Uno siempre va a creer lo que esté preparado a aceptar en el momento en el que deba hacerlo, no más. Todas las cosas que sabemos, ya sean muchas, ya sean pocas, sobre el mundo, sobre nosotros mismos, sobre los demás, a lo largo de nuestras vidas, a todas podemos intuirlos, nuestro conocimiento de estas es anterior a nuestra percepción, a nuestra propia aceptación de las mismas; solamente en el momento en que estamos preparados para aceptar esas verdades (verdades entre comillas), podemos decir que las sabemos. En ese momento en el que podemos aceptarlas como tales, nunca en otro, jamás.

Diego se rascó la cabeza. Ya no lo miraba a Ariadno. Tenía la mirada fija en el escritorio, en los papeles. Pensaba, meditaba, buscaba recuerdos, trataba de iluminarlos con estas palabras reveladoras. Todas las preguntas que quedaron sin responder sobre Victoria. Todas las preguntas que nunca se animaría a hacerle a su esposa. Todas las noches en que la dejaba sola. Las mujeres nunca están solas, alguna vez se dijo. La soledad de Ariadno. Una soledad serena, plácida. La soledad de quien sabe que ya nada hay que otro tenga para ofrecerle. Bah, mentiras. Un sociópata, eso es lo que era muy probablemente. Y se sentía desolado ahora:

—De todas formas, sería lindo creer que hay algo de magia en todo eso, en algún lugar de este mundo, en algún momento de nuestra vida —dijo Diego, de repente, para tratar de salir de esa ardua introspección en la que se había hundido.

—¡Y así es, Diego! —gritó Ariadno, entusiasmado— La magia está en el propio engaño al que nos sometemos y no en otra cosa. Fuera la respuesta que fuese, la respuesta siempre sería la correcta. Porque las personas escuchan lo que quieren que les digan, nada más que eso, y también lo interpretan como quieren. La respuesta no importa en realidad.

Ariadno hizo una pausa. El viejo no dijo nada, estaba aplastado en su silla, reflexionando.

—¿Querés saber cómo lo hacía? —preguntó Ariadno divertido.

—¿Qué cosa? —repuso el viejo, distraído.

—¿Cómo logró este ingeniero llegar a esto que te digo?

—¿Cómo fue? A ver, decime —contestó Diego, siguiéndole el juego.

—Basándose en el lenguaje, en la combinación de las palabras, como sistema de símbolos, asociándolos en contenidos sensoriales. Mirá: el lenguaje no es más que un fenómeno de encadenamiento de símbolos, que depende de los propios símbolos y de la actividad humana simbólica. Este ingeniero (ahora ves por qué digo que era un artista) elaboró un mecanismo que pudiera identificar y diferenciar ciertos símbolos de otros, una descomunal cantidad de símbolos, y así imitar la capacidad humana para utilizarlos, generando diferentes cadenas isotópicas, desde miles de grupos hasta llegar a un mínimo de dos: un grupo positivo y otro negativo. Sobre la base de esto, el autómata elaboraba la respuesta que resultara satisfactoria a quien fuera que le hablara.

Ariadno estaba a punto de explotar de la excitación que le generaba simplemente explicar todo esto. Lo maravillaba realmente.

Diego no sabía bien qué decir. No tenía muchas ganas de decir nada.

—Es asombroso —dijo, mientras jugaba con unas hojas.

—Ciertamente lo es —replicó Ariadno, notando la falta de interés del viejo.

A Diego se le encendió la mirada. Se le ocurrió algo que le daría un giro a esa conversación que ya no le hacía gracia alguna:

—¿Y vos? ¿Tenés alguna pregunta? ¿Alguna pregunta a la que no puedas encontrarle la respuesta, que no puedas ni siquiera intuirlo?

—Yo sé que hay una respuesta —dijo Ariadno, ingenioso, con calma y algo de levedad—, pero todavía no sé cuál es la pregunta.

—Ah, una buena declaración, debería escribirla —replicó Diego, sonriendo.

Ambos se quedaron unos minutos en silencio, vaciando los vasos.

Cada uno estaba reflexionando, meditando algo que el otro tal vez no podría siquiera imaginarse. Sin embargo, los dos pensaban en Victoria.

Diego se levantó y apretó con fuerza su vaso, como si este fueran sus propios pensamientos aletargados. Quería asfixiarlos. Sintió intensamente el dolor que nacía desde los nervios de su pie izquierdo subir por la pierna y la columna hasta su cerebro; tomó el vaso de la mano de Ariadno con algo de brusquedad, le hizo un ademán en señal de que iba a recargar las bebidas y se fue cojeando, olvidándose el bastón. Pero, a su vez, otra tristeza que ya no podía ocultar, comenzaba a erizarle la piel. Un dolor

mucho más hondo, irreparable. Mientras tanto, Ariadno se inclinó sobre el escritorio y comenzó a revolver los papeles:

—¿Te molesta si le pego una hojeada a esto? —le gritó a Diego desde lejos.

—No, no, para nada —respondió este con amargura.

Después de un rato, Diego volvió con los vasos cargados y se arrojó sobre su silla, no sin antes exhalar un grave lamento. Ya sentado, observó a Ariadno entregarle los papeles y señalarle con el dedo una hoja:

—¿Alguna vez descubriste cuál es la sonata sobre la que escribe este relato?

El viejo lo miró, extrañado, sin comprender en un primer momento, miró los papeles. Luego los tomó y comenzó a pasar las hojas. Estos escritos que Victoria le había dejado hacía muchísimo tiempo eran su tesoro máspreciado; la soltura y la soberbia con la que este hombre, su amigo, hablaba de estos lo exasperaban. Parecía conocerlos mejor que él. La rabia, el dolor, los celos.

—Nunca me lo puse a pensar realmente —preguntó Diego, falaz.

—Escribe sobre el segundo movimiento de sonata para piano, número veintiuno, de Mozart. Puedo asegurarte que, si la perfección existe, está en esa obra.

—Mirá vos. Sí, es que no lo escribí yo esto. Ya te lo había dicho.

—Ah, sí. Victoria.

—Está muy bien, sin embargo. Pero ¿vos cómo lo sabés eso? —preguntó Diego, condescendiente, ya rendido ante el genio de su amigo.

Ante el silencio de su amigo, tiró los papeles sobre el escritorio, algo molesto, en un gesto de desprecio y desinterés, y estiró la mano hacia su vaso. Lo vació de un sorbo. Ariadno lo miraba divertido; no advertía lo que le sucedía a su viejo amigo.

Después, el viejo finalmente escupió las palabras:

—Ahora, sabiendo esto que me contaste, tengo una pregunta para hacerte. ¿Me podrás dar vos la respuesta correcta? —dijo, no sin angustia y aturdimiento.

—Sí, seguro. Puedo intentarlo. Nos conocemos hace mucho, Diego. Decime.

—Está bien.

El viejo abrió uno de los cajones y sacó un arma, un arma corta. La dejó sobre el escritorio, algo nervioso aunque calmo, sin apartar demasiado la mano de esta.

Ariadno se asustó, lo miraba confundido, sin retirar los ojos de los suyos, interrogándolo con la mirada. ¿A qué venía todo eso?

—¿Y eso? ¿Qué hacés? —preguntó.

—Nos conocemos hace mucho, sí —hizo una pausa—. Te pregunto, entonces:  
¿Desde hace cuánto que te estás acostando con Clara?